
Biblioclastia y libricidio: crímenes sociales y políticos contra la información y el conocimiento

Biblioclasty and libricide: social and political crimes against information and knowledge

Felipe MENESES-TELLO

Universidad Nacional Autónoma de México, México, fmeneses@unam.mx

Resumen

El autor argumenta que el significado de la palabra «biblioclastia» está estrechamente vinculado al destroz de libros y devastación de bibliotecas. Así, el contenido de este artículo versa sobre cuatro asuntos: el marco conceptual, el acto de censura, la destrucción de libros y Ucrania, el escenario actual de biblioclastia. En el primer punto se reflexiona en torno a los términos biblioclastia, libricidio y otros vocablos contiguos al tema central. En el segundo asunto se aborda la política de la censura y la censura como apagón cultural, considerando el fenómeno de la censura como la antesala de actos biblioclásticos o libricidas. En el tercer apartado se estudian los temas referentes a libros y bibliotecas en llamas, libros sobre la quema de libros y la biblioclastia por arte. En el cuarto asunto, se analiza los actos de biblioclastia o libricidio que se están cometiendo en la guerra entre Rusia y Ucrania.

Palabras clave: Biblioclastia. Biblioclastismo. Libricidio. Memoricidio. Genocidio cultural. Ucrania.

Abstract

The author argues that the meaning of the word "biblioclasty" is closely linked to the destruction of books and the devastation of libraries. Thus, the content of this article deals with four issues: the conceptual framework, the act of censorship, the destruction of books and Ukraine, the current scenario of biblioclastism. In the first point he reflects on the terms biblioclasty, libricide and other related words. In the second issue, the policy of censorship and censorship as a cultural blackout is addressed, considering the phenomenon of censorship as the prelude to biblioclastic or libricidal acts. In the third section, topics related to books and libraries on fire, books on the burning of books and biblioclastia by art are studied. In the fourth matter, the acts of biblioclasty or libricide that are being carried out in the war between Russia and Ukraine are analyzed.

Keywords: Biblioclasty. Biblioclastism. Libricide. Memoricide. Cultural genocide. Ukraine.

1. Introducción

Acorde con las noticias que han estado circulando en las primeras décadas del siglo que transcurre, el fenómeno de la biblioclastia continúa, persiste hasta hoy en día. El discurso académico, la literatura especializada o la bibliografía sobre este asunto es muestra, por un lado, del degradante nivel que ha alcanzado el ser humano en materia de destrucción de libros y bibliotecas; por el otro, es un claro indicio sobre el interés por ampliar y profundizar el estudio y análisis de esta temática. Como se sabe, este fenómeno data desde tiempos antiguos y continúa hasta el siglo que transcurre (Gil, 2007; Raven, 2004; Knuth, 2006). Desastres culturales ocasionados por el hombre, como la destrucción de la antigua Biblioteca de Alejandría, el aniquilamiento en hogueras públicas de miles de libros durante el régimen alemán nazi, la devastación de la Biblioteca de Sarajevo en tiempos de la guerra de los Balcanes, la desaparición por el fuego de la gran Biblioteca Nacional de Irak ante la indolencia de las tropas estadounidenses y británicas a comienzos del presente siglo y el reciente daño y destrucción de bibliotecas en Ucrania a causa de la invasión del ejército ruso,

muestran que los libros y las bibliotecas en varias ocasiones han estado y están en la mira de los biblioclastas o libricidas. La quemazón tanto de libros como de bibliotecas, por ejemplo, ha continuado a través del tiempo no obstante las continuas advertencias que se han hecho en torno a esta locura y a los males que produce esta nefasta práctica (Bosmajian, 2006, p. 3).

Ciertamente el aniquilamiento de la memoria escrita va más allá de estas dos categorías, pero para propósito del presente discurso nos limitaremos al documento dominante que aún la sociedad utiliza para ilustrar, educar, informar y recrear al individuo y a la diversidad de grupos, esto es, nos ceñiremos al libro. Asimismo concretaremos nuestra atención a la institución social de servicio que permite desarrollar, organizar y difundir libros entre la comunidad, es decir, nos concretaremos a la biblioteca. Por lo tanto, «libros y bibliotecas» son las categorías centrales para explicar, en el presente discurso, algunos asuntos en torno a la biblioclastia y el libricidio.

Los libros, como objetos culturales, han sido y son respetados, halagados y admirados.

Empero, en determinadas circunstancias son estigmatizados y difamados, entonces se convierten en objetos de desprecio y odio. Idea que se asocia con el punto de vista que afirma “Los libros han sido admirados, codiciados y hasta venerados, pero también han sido despreciados, odiados y destruidos” (Martínez, 2021, p. 11) y por supuesto, censurados y prohibidos. La primera es una postura intelectual; la segunda revela una posición contraintelectual. La biblioclastia como práctica de aniquilamiento de material bibliográfico, proyecta desconfianza, hostilidad, escarnio en torno a las instituciones que lo conservan, organizan y difunden, es decir, las bibliotecas. Tanto al ensalce como al desdén en torno a los libros y los centros bibliotecarios que los conservan se les ha dedicado vastos y proliferos estudios y análisis. Consideremos que las dimensiones discursivas, en relación con el tema central de la presente investigación, son dos: la dimensión teórica, por un lado, y la dimensión histórica, por el otro. Y se podría sugerir una tercera: la dimensión histórico-teórica, la cual compagina y entrelaza conocimientos históricos para formular o encauzar discernimientos teóricos. Se tratará de exponer este último perfil.

2. Marco conceptual

Este apartado se centra en las dos categorías clave del presente trabajo: biblioclastia y libricidio (1).

2.1. Biblioclastia

El entendimiento básico del vocablo en cuestión sugiere acudir a obras de consulta sobre la especialidad; a ciertos autores que han hecho un gran trabajo sobre la terminología bibliotecológica en general y a esas dos palabras clave en particular. En el clásico diccionario de Domingo Buonocore, la etimología griega de «biblioclasta» se forma de las voces *biblion* (βιβλίον), libro; *klaō* (κλάω), romper. Si es que el sujeto que practica la biblioclastia es conocido como un “destructor de libros” (Buonocore, 1976, p. 63.), alguien que destroza o rotura libros; es decir, el biblioclasta es la “persona que destruye o mutila libros, por una razón u otra” (Reitz, 2004, p. 69). Pero este acto destructor de material bibliográfico no solamente tiene un alcance en relación con un individuo. La biblioclastia también es pensada, planificada y realizada por organismos de diferente naturaleza social, política, ideológica, económica y cultural. Es más, cuando la biblioclastia ha alcanzado grados de alta intensidad catastrófica, es el sofisticado aparato de Estado quien la ha puesto en práctica; la historia de la destrucción de libros y bibliotecas nos lo muestra como el mayor órgano devastador de colecciones bibliográficas,

personales e institucionales. El «Estado biblioclasta» más señalado durante el siglo pasado y el que transcurre ha sido el Estado alemán nazi (Knuth, 2003, p. 52; Polastron, 2007, p. 165).

En todas las monografías historiográficas que versan sobre el tema, la Alemania gobernada por Adolf Hitler es acusada de haber cometido la mayor hecatombe en materia de libros y bibliotecas. Al respecto se afirma: “Entre 1933 y 1945, las fuerzas nazis destruyeron más de 100 millones de volúmenes de bibliotecas y editoriales en Alemania y la Europa ocupada” (Raven, 2004, p. 23). Los estragos causados en el contexto de ese desastre cultural contemporáneo han sido de los más infaustos que ha vivido la humanidad. Pero la destrucción de la cultura bibliográfica y bibliotecaria no solamente fue responsabilidad de las potencias del Eje (Alemania, Japón e Italia), pues también el grupo de los Aliados (Estados Unidos, Inglaterra y la Unión Soviética) durante la segunda guerra Mundial contribuyó con creces a esa aterradora devastación (ibidem, 2004, p. 24).

El bibliotecario mexicano Juan B. Iguíniz en su *Léxico bibliográfico* al referirse al biblioclasta, lo señala como un “mutilador de libros”. Para este autor, “los mutiladores de libros constituyen una plaga en las bibliotecas”; y distingue tres categorías, a saber: “1ª Los estudiantes, que sin el menor escrúpulo cortan las hojas de los libros para aprovecharse de su contenido; 2ª los periodistas, que hacen otro tanto y desprenden las láminas para utilizarlas en los reportajes, y 3ª los bibliófilos, que mutilan los libros para completar las hojas, las láminas y los mapas que faltan en sus ejemplares” (Iguíniz, 1959, p. 38). Ciertamente este punto de vista, acertado a todas luces, se limita apenas a determinados tipos de lectores y usuarios como protagonistas de hechos biblioclasticos llevados a cabo en las bibliotecas. Es decir, es un acercamiento acertado pero exiguo, pues existen más tipos de biblioclastas y más escenarios biblioclasticos de mayor alcance de daño y devastación.

2.2. Libricidio

Desde otra perspectiva conceptual, Rebecca Knuth (2002, 2003) escribe por primera ocasión, en los albores de la presente centuria, el término «libricide» —libricidio, librocidio o bibliocidio— para referirse a las masivas quemaduras de libros y colosales arrasamientos de bibliotecas durante el siglo XX. Así que el “libricidio no es la suma abstracta de crímenes espontáneos derivados de la pasión ideológica, sino un método de devastación deliberado, sistemático y violento” (Meneses y Licea, 2005, p. 69), puesto en práctica contra libros y bibliotecas por aquellos regímenes

extremistas o belicosos durante el pasado y presente siglo. Si es que en este entorno conceptual la noción de *Estado biblioclasta* cobra particular relevancia y pertinencia porque el término “libricide” se define como: “La destrucción sistemática de libros y bibliotecas patrocinada por el Estado” (Reitz, 2004, p. 417). Así, también es apropiado pensar en la palabra clave: *Estado libricida*. Si nos ajustamos a la etimología latina, las palabras bibliocidio o libricidio se relacionan con expresiones que se derivan del vocablo *homicidium*. Consecuentemente, los vocablos en cuestión se constituyen de *libri* o *biblion*, libro y de la raíz “cid” que se forma por apofonía del verbo *caedere* que significa matar, masacrar, abatir, golpear, herir, exterminar, cortar, romper. Para algunos el vocablo libricidio es sinónimo de biblioclastia (Navarrete, 2018). Aunque parece correcto este punto de vista, es pertinente pensar en esta diferencia de fondo: con la palabra biblioclastia se denotan todos los detestables actos de destrucción de libros y bibliotecas llevados a cabo de manera individual o colectiva; con el término libricidio se trata de detallar la ominosa destrucción masiva y deliberada de libros e instituciones bibliotecarias por parte del Estado, ya sea en tiempos de paz o de guerra. Ciertamente el primer vocablo evidencia más tradición en la literatura especializada.

El libricida se caracteriza por el alto grado de violencia y barbarie que práctica contra los bienes culturales, en particular para atacar con especial vehemencia la *cultura bibliográfica* de la nación; furor que apunta hacia los libros y las bibliotecas. El libricidio se impone en donde se comete flagrante genocidio, si es que el asesinato masivo de personas está vinculado a la destrucción descomunal de libros y bibliotecas por motivos de raza, ideología, política y religión. Desde esta arista, el concepto en cuestión es parte del *etnocidio*, esto es, de la liquidación de la cultura de un pueblo. Dicho de otra manera, el libricidio se comete teniendo como base ideológica el distorsionado y falso pregón de superioridad de una cultura sobre otras. Asimismo, los libricidas llevan a cabo la devastación táctica de material bibliográfico y sus recintos públicos de lectura como un mecanismo sistemático preconcebido, mediante el cual un determinado régimen político busca legitimar su dominación para reclamar territorios y recursos (Knuth, 2003, p. 33), vejando, denostando y pulverizando la memoria colectiva documental. Esto ha sido así porque las bibliotecas con sus libros han demostrado, a lo largo de los siglos, ser los principales bastiones contra la extinción de las ideas formuladas por una gran diversidad de pensamientos de mujeres y hombres; porque su personal bibliotecario se ha desempeñado, a través del tiempo, como fundamental custodio del patrimonio bibliográfico que desarrolla,

organiza y difunde para facilitar a la comunidad de usuarios y lectores su préstamo reglamentado.

3. El acto de la censura

Aunque la biblioclastia y conceptos afines (bibliofobia, biblioclasmo, bibliolitia, libricidio, biblioclausto, memoricidio y genocidio cultural) (Meneses, 2023) significan destrucción de libros y bibliotecas, «censura y biblioclastia» es una relación que se amalgama en la práctica durante periodos adversos para la cultura bibliográfica, para la libertad de leer, para la conservación y preservación de fondos bibliográficos. En este sentido, se afirma que la *censura preventiva* y la *censura represora* tienen un perfil político que apunta en contra de ese escenario cultural. Se puede aseverar que cuando la censura en general avasalla contexturas documentales de estudio y lectura, de consulta e investigación; cuando se cometen actos de biblioclastia a diestra y siniestra contra objetos e instituciones que concentran información y conocimiento, entonces la sociedad vive entre declarados «enemigos de los libros» (Blades, 2016) y, en consecuencia, en medio de ostensibles antagonistas de las bibliotecas. Pero aclaremos, si bien el acto de la censura está estrechamente relacionado con el de la biblioclastia y términos concomitantes, el primero no es destrucción sino sólo prohibición de determinados acervos, de ciertos temas, autores o editoriales.

Empero, es verdad que en ocasiones se inicia con la práctica de la censura para terminar con sucesos de destrucción de libros y bibliotecas. Por esta razón, a veces la censura se fusiona con la biblioclastia y el libricidio, o la primera tiende a desencadenar los segundos. Es decir, en la teoría y práctica la categoría de «libros censurados» apunta hacia la categoría de «libros destrozados» y/o «bibliotecas arrasadas». Así que la censura es tan sólo “la prohibición de materiales de lectura al amparo de esquemas espirituales y normativos institucionales que estipulan argumentos tanto religiosos como políticos” (Meneses y Licea, 2005, p. 66), pero también formalizan cuestiones morales y sociales, ideológicas y económicas.

3.1. La política de la censura

El fenómeno de la censura en torno a los libros genera conceptos tales como: libros ocultos, libros sospechosos, libros peligrosos, libros nocivos, libros subversivos, libros perniciosos, libros malditos, libros perseguidos, libros incautados, libros condenados, libros tachados, libros prohibidos, libros proscritos, entre otros. Así, la censura produce el acto de la selección negativa, del expurgo con la intención de perturbar el

desarrollo de las colecciones de libros en las bibliotecas, del retiro de sus estanterías de material bibliográfico vedado mediante políticas autoritarias. En este sentido, la censura inhabilita el proceso de la lectura de ciertos autores, títulos o temas. Consecuentemente quebranta varios valores como la libertad de imprenta, la libertad de acceso al conocimiento, la libertad de leer, etcétera. Desde esta arista, la censura no solamente socava a autores, editores, impresores, libreros, bibliotecarios y bibliógrafos, sino también afecta a las diferentes comunidades de lectores. Protagonistas de libros y bibliotecas que proyectan una gran diversidad cultural en las diferentes coordenadas de tiempo y espacio.

En general, la política de la censura en tiempos del libro impreso se ha ensañado contra la libertad de impresión, contra la circulación de las ideas contenidas en los libros, organizados para el uso de las comunidades de lectores que atienden los diversos tipos de bibliotecas. Como sabemos, la censura puede ser impulsada y practicada por militares, eclesiásticos, organismos gubernamentales y grupos civiles. Entonces la censura como política no se refiere a la censura únicamente practicada por el aparato del Estado, o por el brazo ejecutor del mismo, es decir, por el gobierno. Por esto, este nefasto acto político es orquestado, en los distintos planos de tiempo y espacio, por los diferentes aparatos ideológicos del Estado (Althusser, 2008). En este orden de ideas, la censura en estos tiempos se concibe “como parte de un aparato de coerción y represión que, mucho más que afectar la circulación de algunos bienes culturales, restringe la producción y circulación de la cultura, implicando un cambio profundo en el ejercicio de la ciudadanía y la cultura en general” (Reimão, 2011, p.14). Así, la censura en torno al uso individual y colectivo de los libros y bibliotecas se apoya en comportamientos de coacción y restricción, por un lado, y de contención y suspensión, por el otro.

Pero, en efecto, la idea de Sandra Reimão se asocia a la censura aplicada en tiempos modernos. Es decir, en contextos en donde la ciudadanía se ha estado convirtiendo en un elemento clave del Estado democrático, no en circunstancias de yugo colonial donde el fenómeno de la ciudadanía ha estado ausente, pues en la sociedad subyugada son los súbditos, siervos, vasallos y esclavos que caracterizan a ésta. Un claro ejemplo en este último sentido es la investigación sobre los libros censurados por la Inquisición durante las postrimerías del coloniaje en México (Gómez y Tovar, 2009). Tiempo infausto de poco más de tres siglos en que se practicó con especial saña la política de la censura preventiva y represora; tiempo desventurado de censura

inquisitorial, de literatura prohibida. Práctica que estuvo en manos tanto del poder monárquico como del poder eclesiástico.

3.2. La censura como apagón cultural

A veces las órdenes de censurar van acompañadas de mandatos para el exterminio de los acervos. La censura, combinada con actos de biblioclastia, ha sido parte de lo que lamentablemente se conoce como “apagón cultural”, expresión lanzada en Chile durante la década de los setenta del siglo pasado. Concepto originado, recordemos, en tiempos de una de las dictaduras militares más infames que ha padecido América Latina. El retroceso cultural, ocasionado por la censura, comprende la regresión en materia de información, educación y ciencia. Al quedar avasallada la cultura bibliográfica de una nación, acaban siendo coartados los derechos humanos de informar, informarse; educar, educarse; de ilustrar e ilustrarse. Desde este ángulo, la censura “es la herramienta de la que depende el poder político para el control de las ideas y de la información” (Meneses y Licea, 2005, p. 67). Pero, como se sabe, también el poder civil ha echado mano de este mecanismo.

La censura funciona, en una escala mayor, como un sofisticado sistema de control sobre las actividades que comprenden el complejo entramado de la cultura bibliográfica. Es decir, la censura es un procedimiento de métodos y técnicas, de organización y estructura, de planes y normas que apuntan a vetar títulos, suprimir autores, vedar imprentas, proscribir editoriales, clausurar librerías y cerrar bibliotecas o aislar fondos bibliográficos de estas instituciones sociales de servicio al público. Asimismo, la censura al desalentar el desarrollo cultural del libro, amedrenta la práctica de la lectura, atemoriza la compra de libros, intimida y obstaculiza el uso y el funcionamiento de las bibliotecas, y dificulta la actividad educativa en todos los niveles. La censura de libros en bibliotecas públicas y escuelas estadounidenses, por ejemplo, es clara muestra de que ni el sistema social democrático está a salvo de esta sombría práctica (Foerstel, 2002). Por todo esto, la censura conlleva momentos impredecibles, ya que diferentes aparatos institucionales pueden ser utilizados con fines de prohibir libros en determinadas circunstancias.

Ante la censura como política opresiva, las bibliotecas y los bibliotecarios a veces no han estado al margen de quienes directamente practican la censura. Esto llega a suceder porque, “el personal de biblioteca en el contexto de los golpes de Estado se ubica en un incierto mundo político y social en donde dramáticamente se le obliga a

obedecer, pisoteándole así sus creencias, valores y aspiraciones, so pena de poner en riesgo sus libertades públicas e integridad física” (Meneses, 2011, p. 195). Aunque también ha habido contextos políticos en donde el personal bibliotecario ha sido partidario de la censura impuesta por el Estado, no solamente por temor, sino también por convicción. Como aconteció en tiempos del *Apartheid*, sistema de segregación racial en Sudáfrica (Brink, 1988; Merret, 1992; Dick, 2012; Kuhn, 2021); y de la Alemania nacionalsocialista, conocida como el Tercer Reich (Stieg, 1992; Lewy, 2016). En esos casos el personal bibliotecario a veces no fue simple víctima y espectador inocente, sino colaborador o cómplice, pasivo o activo, de las estrategias puestas en marcha a gran escala para censurar libros, para purgar bibliotecas. Maniobras que condujeron a cometer actos públicos de biblioclastia y libricidio. Trances basados en falsas, condenables y peligrosas teorías pseudocientíficas de superioridad racial. Otro escenario en el que se entremezcló la censura represiva y la autocensura con el daño de libros fue el concerniente a la guerra civil española (San Román, 2015, p. 132-133):

[...] en el bando nacional la actividad se centra en el control, la censura, la incautación y la quema de libros que no siguieran su ideario, quemarlos por inmorales, diabólicos y calificativos de ese tipo. De esa forma eliminaban la posibilidad de leerlos a las siguientes generaciones, que no oírían hablar de Nietzsche ni de Ortega y Gasset, entre otros.

El testimonio del profesor Alfonso Artí señala dónde fueron a parar los libros que no se quemaron. En la Universidad de Valencia, en los sótanos, cajas precintadas escondían los libros prohibidos. Otros testimonios de maestras y maestros relatan el miedo a que se encontraran en sus casas libros y corrían a esconderlos en las tarimas de la escuela o en el campo.

El complejo escenario de la censura en muchos casos ha sido la antesala de actos nefandos de biblioclastia. Cuando los libros son considerados una especie de “delincuentes de papel” (Ramos, 2011), ellos han sido vistos contrarios a las buenas costumbres, a la familia, a las instituciones religiosas dominantes, a las políticas despóticas gubernamentales, a la quietud pública, a la sumisión ciudadana, es decir, son considerados antagónicos a las posturas conservadoras que favorecen la preeminencia del statu quo. En escenarios sociales de colonización, como los que vivieron los pueblos de América durante siglos, la censura eclesiástica fue la que predominó, como fue el caso de la Nueva España (ibidem, 2011), contexto en el que predominó la categoría de «libros prohibidos» en los territorios gobernados por la Monarquía Hispánica. El *Index librorum prohibitorum* es el título de la obra que registró los libros

que la Iglesia católica censuró como libros perniciosos para la fe. Con más de cuarenta ediciones, ese *Index* perduró de 1564 a 1966, año que el papa Pablo VI lo suprimió.

En regímenes autoritarios, en ocasiones constituidos a través de golpes de Estado, ha brotado la censura oficial del Estado, transformándose en censura gubernamental en torno a la cultura (Reimão, 2011; Rojas, 2015; Reimão, 2016), específicamente en relación con la producción y circulación de libros, viéndose afectados también los centros bibliotecarios. Así, en periodos de la toma ilegal del poder del Estado, la censura ha sido habitualmente practicada por organismos cívico-militares. En efecto, la destitución violenta e ilegal de presidentes, a través de golpes militares, tiene como base el aval cómplice de los poderes legislativo y judicial, y comúnmente respaldados por el ala conservadora de la Iglesia católica y grupos oligárquicos. Entramado institucional que conforma la compleja estructura social y política responsable de la censura de libros y bibliotecas. Se esquematiza este rubro mediante la Figura 1.

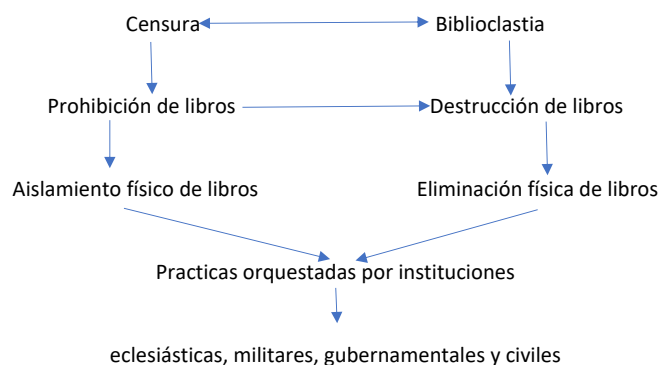


Figura 1. Entre la censura y la biblioclastia

4. La destrucción de libros

La literatura especializada nos muestra que la «destrucción de libros» está estrechamente vinculada a la «destrucción de bibliotecas». Esta es la parte pesadosa del acontecer de los libros y de las bibliotecas. Calamidades que, por desgracia, han ocurrido recurrentemente alrededor del mundo y durante diferentes periodos, desde la antigüedad hasta hechos acaecidos en el presente siglo (Raven, 2004). De tal modo, estos desastres contra la cultura bibliográfica y bibliotecaria tienen antecedentes de alcance universal (Báez, 2004, 2013). En efecto, la devastación de esos bienes culturales, han implicado pérdidas parciales o totales, exiguas o abundantes, mínimas o masivas. Como se asevera expresamente:

“Hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX, se quemaban libros, desde Argentina hasta Vietnam, desde Turquía hasta Chile, desde Brasil hasta China, desde España hasta Estados Unidos” (Bosmajian, 2006, p.3). Y en el siglo que transcurre, el aniquilamiento de libros y bibliotecas, mediante el uso del fuego, continúa.

El significado nato de la palabra «biblioclastia» está, como se ha dicho, estrechamente vinculado a la destrucción de libros, ya sea por actos de negligencia o por actos premeditados. Unos y otros se han venido suscitando tanto en escenarios de paz como de guerra (Meneses, 2013), sin olvidar jamás la devastación de libros en circunstancias de golpes de Estado (Meneses, 2011; Castillo, 2017), fenómeno que América Latina ha vivido con particular virulencia; periodos de dictaduras, dispuestas tanto a clausurar librerías y censurar editoriales como a destruir imprentas, quemar libros y arrasar bibliotecas (Roitman, 2019, p. 350). En tiempos de guerra, destruir todo tipo de instituciones bibliotecarias y acabar con la industria bibliográfica, en tanto componentes de la infraestructura cultural de los pueblos, es un acontecimiento clave para dominar y lograr la rendición (Knuth, 2006, p. xii) de los vencidos.

En efecto, el negativo acontecimiento relativo a la “destrucción de libros no es un fenómeno nuevo como forma de eliminar una cultura o una civilización derrotada por las armas” (Martínez, 2021, p. 12). Pero arrasar colecciones de libros no sólo sucede en tiempos de guerra, sino también en días de paz. La destrucción de obras escritas puede ser muy selectiva, como en relación con un determinado libro; o puede ser una devastación bibliográfica masiva, la cual llega alcanzar muchos autores, temas y editoriales. Si bien los actos por descuido u omisión no deben pasar desapercibidos, esta vez concretémoslos a teorizar el marco de hechos deliberados (Ovenden, 2020).

Como se ha dado a entender, la censura, en sus diferentes modalidades, es el precedente de la biblioclastia. Así, a la destrucción de libros, mediante diferentes procedimientos, anteceden los señalamientos de libros sospechosos, peligrosos, nocivos, perniciosos, impíos, blasfemos, envilecidos, abominables, subversivos; convirtiéndose entonces en libros perseguidos, incautados, condenados, proscritos; por ende, transformándose finalmente en *libros prohibidos* por el complejo aparato que sostiene el *statu quo*. Si bien la prohibición de material bibliográfico no siempre ha terminado en exterminio de las colecciones de libros, sí es un antecedente.

La destrucción de libros se caracteriza por comportamientos, posturas, instrumentos, técnicas, métodos y políticas. A través de la célebre cita

del semiólogo, filósofo y escritor italiano Umberto Eco es posible distinguir tres tipos de biblioclastia (Eco, 2001, p. 57):

Existen tres formas de “biblioclastia”, es decir, de destrucción de los libros: la biblioclastia fundamentalista, la biblioclastia por incuria, y aquella por interés. El biblioclasta fundamentalista no odia los libros como objeto, teme por su contenido y no quiere que otros los lean. Además de un criminal, es un loco, por el fanatismo que lo anima. La historia registra pocos casos excepcionales de biblioclastia, como el incendio de la biblioteca de Alejandría o las hogueras nazis. La biblioclastia por incuria es la de tantas bibliotecas italianas, tan pobres y tan poco cuidadas, que a menudo se transforman en espacios de destrucción del libro, porque una manera de destruir los libros consiste en dejarlos morir y hacerlos desaparecer en lugares recónditos e inaccesibles. El biblioclasta por interés destruye los libros para venderlos por partes, pues así obtiene mayor provecho.

Con base en estas palabras, la biblioclastia por fundamentalismo se conduce por el temor a la libre circulación de las ideas, por el miedo al conocimiento contenido en los libros. Este tipo de destrucción de material bibliográfico se ha llevado a cabo por diferentes organismos, tanto de la sociedad civil (grupos sociales) como de la sociedad política (grupos gubernamentales). Así como, recalquemos, en ámbitos de paz como de guerra. Es un ataque directo al derecho de leer, a la libertad de practicar la lectura, individual y colectiva, en los espacios de convivencia pública, característica común de las bibliotecas. Quienes asumen conductas biblioclásticas son líderes de diversa laya y que han pasado a los anales de la historia como sujetos autoritarios, vesánicos, carentes de respeto por la cultura bibliográfica; faltos de consideración o deferencia por las instituciones sociales que desarrollan, organizan y difunden autores, títulos, temas y editoriales. A esta categoría de biblioclastas los impulsa, en efecto, la intolerancia apasionada, la intransigencia política, el fervor ideológico, la exacerbación vulgar contra determinados libros y bibliotecas. En otras palabras, el destrozo de libros y bibliotecas ha sido impulsado por exaltados cabecillas religiosos, políticos, militares y civiles. Estos lamentables hechos han sucedido en contextos de cambios sociales radicales, pugnas religiosas, conflictos bélicos, movimientos étnicos, escenarios racistas, corrientes nacionalistas, momentos patrioterros, trances xenófobos, etcétera. Todos, sin excepción, han estado asociados a gente idólatra, intransigente, fanática, sectaria, terrorista y extremista. Por naturaleza, tanto los antiguos como los modernos biblioclastas han mostrado un temperamento iracundo, violento e impulsivo.

La biblioclastia por incuria, descuido o desidia ha sido, a través de los siglos, causa de una gran

destrucción de libros y bibliotecas alrededor del mundo. En esta esfera de destrozos bibliográficos/bibliotecarios, el personal de biblioteca ha sido a veces parte de los protagonistas responsables. Las autoridades gubernamentales, encargadas del cuidado en cuanto a la cultura de los libros y las bibliotecas, también han sido parte del problema. La biblioclastia por interés responde a la ambición de ganar dinero, esto es, por la codicia monetaria (O’Kuinghttons, 2018, p. 10). Esto nos hace ver que el libro no es solamente un objeto cultural, sino también es un objeto comercial. La práctica comercial del libro se desarrolla entre las editoriales y las librerías, por lo que en algunas ocasiones los editores y libreros se convierten en grandes biblioclastas al decidir destruir libros que no se venden, que ocupan espacio en sus almacenes debido al incremento exponencial del trabajo editorial y a los vaivenes mercantiles de la cadena de suministro de libros. Por ejemplo, al respecto se afirma “que por año los editores estadounidenses destruyen 100 millones de libros de bolsillo” (Polastron, 2007, p. 253), entonces el aniquilamiento de libros, en la esfera de la industria editorial, es verdaderamente alarmante. Asimismo, desde hace tiempo también se ha afirmado que entre los biblioclastas destaca “cierta clase de industriales que destruyen los libros para aprovecharse de sus hojas y de los elementos de sus pastas para la confección de algunos productos” (Iguíniz, 1959, p. 38).

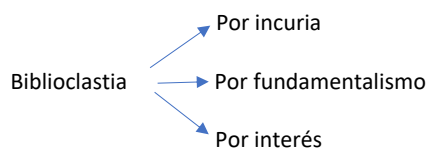


Figura 2. Tipos de biblioclastia, según Umberto Eco

A las categorías expuestas por el autor de la novela histórica *El nombre de la rosa*, hay que agregar la «biblioclastia por arte», tema que se detalla más adelante.

El título del libro de Adela Navarrete Caparrós, *Biblioclastia: la destrucción de bibliotecas a lo largo de la historia*, no solamente denota el significado central de la palabra objeto de estudio del presente trabajo, sino también nos permite comprender que una esencial línea de reflexión y relevante perspectiva de conocimiento en torno a este nefasto fenómeno es precisamente el contexto histórico con sus dos ejes fundamentales: el espacio y el tiempo. En efecto, la definición del término biblioclastia es, recalquemos, la destrucción de libros y bibliotecas de forma intencionada, sistemática, deliberada y violenta. Pero

esta percepción está vinculada solamente a lo que se conoce como «libricidio» en cruentos tiempos de guerra o en nefastos contextos de golpes de Estado. Es decir, conceptúa esta noción la destrucción masiva de libros y el arrasamiento de bibliotecas durante el gobierno de regímenes belicosos y autoritarios.

4.1. Libros y bibliotecas en llamas

Una manera degradante de destruir libros y bibliotecas es mediante el incendio. La cremación de estos recursos culturales ha ocurrido por descuidos, accidentes y actos preconcebidos, ocurridos tanto en tiempos de paz como de guerra. Sin duda, el “Rey Fuego”, es el elemento que más daño ha ocasionado a objetos bibliográficos e instituciones bibliotecarias, pues: “Conflagraciones fortuitas, fanáticos incendiarios, hogueras por orden judicial y hasta estufas domésticas han contribuido a lo largo de la Historia a adelgazar tanto los tesoros como los desechos de los tiempos pasados, hasta probablemente sólo ha quedado en pie una milésima parte de los libros que fueron” (Blades, 2016, p. 21). El incendio de estos bienes culturales, por omisión o percances, se debe a biblioclastas que proceden con negligencia, desidia, abandono, indolencia, ignorancia o desinterés. La calcinación de volúmenes y la incineración de bibliotecas de forma premeditada son los sucesos que mejor caracterizan a los biblioclastas o bibliolitas voluntarios o intencionales. Cuando se trata de rescatar libros de algún centro bibliotecario que ha sufrido un trágico incendio accidental o deliberado, es común encontrar volúmenes “reducidos a un amasijo de cenizas, papel mojado y fango” (Biblioteca Nacional de Perú, 2017, p. 7).

Desde tiempos hegemónicos del libro manuscrito hasta hoy en día que continúa perviviendo el libro impreso, la quema de libros es, sin duda, un fatídico acontecimiento ocurrido a lo largo de los siglos; es un ominoso suceso que testimonia actos claros de biblioclastia, libricidio o bibliocausto. Al respecto se asevera: “La biblioclastia tiene antecedentes milenarios; tiene una historia en la que destacan los libros ardiendo en piras”. En este sentido, tengamos presente “la plurimilenaria historia de la imagen de los libros ardiendo en la hoguera, desde la Edad clásica al nazismo, y mucho más allá” (Infelice, 2004, p. 102). Con base en esta perspectiva temporal, en rubros anteriores hemos afirmado que el *Holocausto nazi*, ocurrido durante la Segunda Guerra Mundial, precede al *Bibliocausto*. Por esto, la quema de libros durante el régimen de Adolf Hitler es parte del análisis y estudio de lo que se concibe como «genocidio». Daniel Feierstein, quien se ha dedicado a investigar con mirada crítica este fenómeno, no

ha pasado por alto el inicio del Bibliocausto que miles de estudiantes universitarios y miembros de las juventudes hitlerianas, “inflamados por la propaganda nazi”, condujeron a la hoguera más de veinte mil libros tanto de bibliotecas públicas, universitarias como privadas (Feierstein, 2016, pp. 163-164). De modo que el lamentable hecho biblioclástico del 10 de mayo de 1933 ha pasado a los anales de la historia como una de las desoladas fechas en cuanto al inicio de la destrucción de acervos bibliográficos organizados en espacios bibliotecarios, en el marco de un país de grandes autores como Bertolt Brecht, quien tuvo que exiliarse en países nórdicos para escapar del nazismo, en tanto sus obras eran prohibidas e incineradas. Así que la historia de la quema de libros es parte de la historia de la biblioclastia.

Así, las expresiones «libros en llamas» y «bibliotecas en llamas» han aparecido en algunos títulos de publicaciones, cuyos contenidos se circunscriben en la esfera de la destrucción de estas manifestaciones culturales, esto es, en relación con innumerables asuntos que evidencian flagrante biblioclastia. La quema de libros y bibliotecas está, para desgracia de la humanidad, vinculada a infaustos acontecimientos sociales, políticos, ideológicos, económicos y culturales de la sociedad. De tal modo que este aciago hecho ha capturado la atención en el presente siglo de manera importante. Prueba son algunos libros que han estado apareciendo, pues como afirma Martínez (2021, p. 12): “A lo largo de la historia son muchos los ejemplos y antecedentes que podemos encontrar sobre la quema de libros”, y de bibliotecas. Con el propósito de esquematizar estas ideas, se presenta la Figura 3.

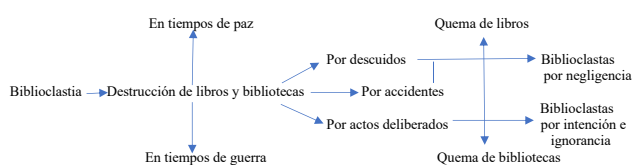


Figura 3. La quema de libros y bibliotecas, acto abyecto de biblioclastia

La quema de libros premeditada está asociada principalmente a los contenidos. Es decir, la incineración de material bibliográfico tiene que ver con tres categorías de libros que husmean, rastrean o escudriñan los biblioclastas o libricidas: 1] blasfemos-heréticos, 2] sediciosos-subversivos y 3] obscenos-inmorales (Bosmahan, 2006). Los libros con imprecaciones y opiniones diferentes a la ortodoxia religiosa dominante también han sido señalados como «libros malditos» (Herradón, 2011); aquellas obras con ideas insurrectas

o revolucionarias son a menudo tildadas como «libros peligrosos» (Reimao, Maués y Nery, 2016); en tanto las lecturas libidinosas, lascivas, lujuriosas o eróticas se han señalado como «libros libertinos», «libros pornográficos» o «libros inmorales». Todos acusados de ser «libros transgresores», «libros polémicos», «libros escandalosos», «libros delincuentes» o simplemente “delincuentes de papel” (Ramos, 2011). Perfiles en concordancia con la opinión y el juicio de los censores que han encarnado los aparatos ideológicos-represivos del Estado. Organismos que cubren todo el espectro social, político y cultural de las diversas sociedades en momentos y lugares distintos.

4.2. Libros sobre la quema de libros

Para ilustrar la panorámica biblioclástica anterior, tengamos presentes algunos libros publicados en el siglo que transcurre, cuyos títulos son muy elocuentes en torno al tema que nos ocupa. Primeramente, mencionemos el libro *Quema de libros y arrasamiento de bibliotecas: violencia extremista y destrucción cultural* (*Burning books and leveling libraries: extremist violence and cultural destruction*), de la profesora universitaria en Bibliotecología y Ciencia de la Información Rebecca Knuth (2006). Asimismo, refirámonos a la edición *Libros en llamas: historia de la interminable destrucción de bibliotecas*, del historiador francés Lucien X. Polastron (2007). Una obra más, es la que publicó Haig Bosmahan (2006) con el elocuente título *Burning books*. Con idéntico título, la monografía *Quemando libros* (*Burning books*) del librero y escritor Matthew Fishburn (2008) también es pertinente considerarla. Asimismo, no puede dejar de mencionarse la edición italiana *Biblioclastia: come, quando e perché si brucia un libro* (*Biblioclastia: cómo, cuándo y por qué se quema un libro*) de Giuseppe Cassillo (2015). Otra obra, con percepción socio-política, es la que tiene como título *Bibliotecas en llamas: cuando las clases populares cuestionan la sociología y la política*, del sociólogo uruguayo Dennis Merklen (2016). Es también oportuno mencionar el libro *Bibliotecas quemadas: doce sin-razones para quemar una biblioteca* de Francisco Rincón Ríos (2017). Una publicación más reciente sobre estos execrables acontecimientos es *La biblioteca en llamas: la historia de un millón de libros quemados y del hombre que encendió el cerillo*, de la periodista y escritora estadounidense Susan Orlean (2019). Por último, mencionemos la obra *Quemar libros: una historia de la destrucción deliberada del conocimiento* (*Burning the books: a history of the deliberate destruction of knowledge*) del bibliotecario británico Richard Ovenden (2020). Todas

estas publicaciones nos informan sobre los diferentes estragos a que han sido sometidas cuantiosas colecciones de libros, pertenecientes a importantes instituciones y estudiosos. A continuación, se exponen breves reseñas de estas publicaciones que no pueden ni deben pasar inadvertidas en la esfera de la biblioclastia.

Rebecca Knuth infiere que la destrucción de libros y bibliotecas se vincula a hechos relacionados con las luchas de grupos extremistas, fanáticos o fundamentalistas que han tenido gran poder, y cuya quemazón de esos recursos culturales la han llevado a cabo como táctica de protesta política o étnica. Para esto, la autora analiza las pugnas ideológicas efectuadas en Alemania, Afganistán y Camboya que se suscitaron para “purificar” esas sociedades y los líderes en turno mantener el poder absoluto a toda costa. También examina el destino lamentable de las bibliotecas cuando hay guerra y el consiguiente vacío de poder, como sucedió durante el conflicto bélico entre Estados Unidos e Irak a comienzos del presente siglo.

Para Lucien X. Polastron los libros en llamas son un hecho histórico sin fin que muestra la ruina de estos artefactos sistémicos de ideas en diversos contextos geográficos-temporales. Así, este autor a través de las páginas de su libro *Livres en feu: histoire de la destruction sans fin des bibliothèques* (publicado en español bajo el título *Libros en llamas: historia de la interminable destrucción de bibliotecas*) nos ilustra sobre la aterradora, frenética y frecuente quemazón de material bibliográfico a través de los siglos en varios entornos. De esta forma, su obra es una especie de modesto homenaje a los millones de libros que han terminado su existencia en las hogueras públicas o piras clandestinas. A la vez, es una advertencia sobre la importancia que tienen las bibliotecas en el desempeño social, político y cultural en relación con su función de preservar los acervos bibliográficos para beneficio de la sociedad y el peligro de ser destruidos que éstos corren en determinados momentos críticos. Función que denota un compromiso social impostergable.

Bosmajian asevera que a finales del siglo XX los incineradores de libros continuaron esforzándose por destruir millones de volúmenes y arrasar importantes centros bibliotecarios, señalando como infausto acontecimiento el incendio, en 1992, de la Biblioteca Nacional y Universitaria de Bosnia durante la limpieza étnica que tuvo lugar en la antigua Yugoslavia. Para este autor los quemadores de libros de la centuria pasada y el que transcurre no son diferentes a los de siglos pasados. Y a pesar de las constantes condenas en torno a las quemaduras de material bibliográfico, los bibliocaustos han continuado en actos públicos, en calles y

plazas, sin ningún esfuerzo por ocultar o disimular el bibliocidio a la ciudadanía. El autor menciona que, durante más de dos milenios, los libros condenados al fuego han sido de carácter herético-blasfemo, inmoral-obsceno y subversivo-sedicioso. Así que las hogueras y los hornos para la quema de libros se han instalado en diversos lugares, tales como: patios de iglesias, universidades y escuelas, plazas públicas, principales calles de ciudades, cuarteles, etcétera. Todo esto con la pretensión de eliminar la memoria; de intimidar y aniquilar la oposición; de ganar adeptos; de coartar el acceso a ideas controvertidas. La quema de libros no es una referencia alusiva o figurativa a la prohibición de libros, a simples procedimientos de censura; la calcinación de fondos bibliográficos, institucionales o personales, es un acto explícito de destrucción deliberada de libros y acervos de bibliotecas en diversos contextos precedidos por regímenes bárbaros, atroces, antidemocráticos, ultranacionalistas o totalitarios. También hace énfasis en el lenguaje metafórico que se vincula con la quema de libros, como “pestilencia”, “veneno”, “alimañas”, “cáncer”, “virus”, “suciedad”, “inmundicia”, “limo” y otros. Bosmajian concluye con una penosa verdad, así terminó el siglo XX y así comienza el XXI.

Burning books, publicación de Matthew Fishburn basada en su tesis doctoral, analiza los años transcurridos entre los incendios de libros en la Alemania nazi y la publicación de *Fahrenheit 451* (1953) de Ray Bradbury, un período en el que la quema de libros capturó la imaginación popular, forjándose una posición ortodoxa sobre este fenómeno espectacularmente violento. Estudia cuán integrados están los acontecimientos de las piras de libros en nuestra historia cultural; persiste en las páginas de esta obra la relación entre los libros y el fuego. En este caso, está escasamente separado el lenguaje de la creación con el acto de la destrucción de material bibliográfico. *Los libros del miedo; La quema de los libros; La biblioteca de los libros quemados; Al diablo con la cultura*, son algunos capítulos que contiene esta obra. Fishburn traza la conexión histórica entre el nazismo, el fascismo y la quema de libros. De modo que delinea una especie de historia política sobre la quemazón de material bibliográfico en contextos donde la barbarie y el fanatismo han predominado. El acto en relación con la quema de libros en esta obra se observa como la representación emblemática del nazismo, pues la quema nazi de libros en 1933 es considerada por el autor como uno de los acontecimientos políticos más deleznable del siglo XX. Por esto, en efecto, quemar libros en hogueras públicas se ha convertido, a través del tiempo, en el distintivo de todo régimen avasallador; en sinónimo de atrocidades cometidas contra la cultura

escrita por dictadores y sus séquitos extremistas. Lanzar al fuego libros o disparar bombas incendiarias a bibliotecas ha sido un método habitual de los quemalibros (*bookburners*) en diferentes coordenadas de tiempo y espacio. En concordancia con el pensamiento fanático desbordado a partir de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), el autor afirma que parece ser cierta la ecuación: los quemalibros son fascistas y los fascistas son quemalibros.

Giuseppe Cassillo (2015) en su libro cuestiona: ¿por qué se queman libros? ¿cuándo comenzó esta nefasta práctica? ¿quién es el causante, el ejecutor o el inspirador? El autor ofrece respuestas razonadas a estas preguntas. Empero, no solamente presenta algunos de los casos más emblemáticos que registra la historia alusiva a la quema de libros, sino también intenta, a través del análisis del contexto político-cultural, explicar las causas que subyacen a cada evento. La narración de los hechos presenta un largo recorrido, partiendo del mundo griego y continúa, a través de las épocas romana y medieval, hasta llegar a la época moderna y contemporánea. Ante esta larga panorámica histórica, se puede afirmar que durante todas las épocas y centurias en que han existido libros en diferentes formatos, arrojarlos a la lumbre o lanzarles fuego han sido acciones recurrentes. Cassillo también relata algunos episodios recientes, los que más eco o impacto han tenido en la literatura y prensa internacional. Estos últimos se refieren a sucesos de devastación cultural llevados a cabo en Chile, Argentina, Egipto, Irak, China, Bosnia e incluso Italia. Cassillo trata sólo los casos en que la acción de la quema de libros es voluntaria y dirigida. Asimismo, excluye la destrucción de libros, total o parcial, provocada por incendios accidentales. Observa que la perversa práctica de incinerar masivamente fondos bibliográficos casi siempre va de la mano con la devastación de sitios culturales de especial valor histórico y arqueológico, dura realidad que se ha estado presentando en el siglo que transcurre.

La narrativa sociológica de Dennis Merklen afirma que los incendios de bibliotecas que él ha investigado en Francia no son “autos de fe”, no obedecen a razones ideológicas, no se tratan de actos de censura por grupos civiles o políticos, sino tienen que ver con momentos de rebelión que estallan en los barrios populares de algunas ciudades de ese país gallo. Así, las bibliotecas públicas que han sido atacadas con bombas molotov se ha debido a un profundo resentimiento derivado por la exclusión social, la segregación urbana, la pobreza, el desempleo y otros problemas que conflictúan la vida de las clases populares. Los hechos violentos contra las bibliotecas

Merklen los discute y analiza con esencia social y trasfondo político, otorgándole así nociones diferentes a las formas tradicionales y etiquetas habituales que, ante esta destrucción de centros bibliotecarios barriales, han expresado superficial y tradicionalmente los líderes gubernamentales e intelectuales de la sociedad francesa. Este libro originalmente fue publicado en francés (2013) bajo el título *Pourquoi brûle-t-on des bibliothèques?* (*¿Por qué se queman las bibliotecas?*). Cabe decir que Merklen investigó durante cinco años esta situación para entender los motivos y responder así la pregunta del porqué 70 bibliotecas habían sido incendiadas en Francia entre 1996 y 2013. Cabe precisar que antes de ser publicado este libro, el autor adelantó algunos avances de su investigación en un par de artículos (Merklen y Murard, 2008; Merklen, 2010).

En *Bibliotecas quemadas* Francisco Rincón presenta doce relatos en torno a bibliotecas desaparecidas por el fuego. Recordemos la remota destrucción de la antigua biblioteca de la ciudad asiria de Nínive, en donde miles de tablillas de arcilla fueron quemadas, hasta recordar la gran hecatombe que produjeron las guerras durante la disolución de la República Federativa Socialista de Yugoslavia. Se recuerda con especial énfasis la quema de la Biblioteca de Sarajevo en tiempos de la Guerra de Bosnia (1992-1995), parte de la Guerra de los Balcanes (1991-2001). Biblioteca que ardió hasta que sus colecciones quedaron prácticamente reducidas a cenizas. Los motivos que han orillado al ser humano a destruir bibliotecas mediante el fuego son, según Rincón, semejantes a las que causan la eliminación a la vida: odio, ambición, poder, religión, temor, ignorancia, fanatismo, rapiña, entre otros. La categoría de «bibliotecas quemadas», práctica impulsada por personajes aviesos, se relaciona en cierto modo con la de «bibliotecas bombardeadas», práctica provocada por un demente fanatismo ideológico en tiempos de guerra.

Susan Orlean, por su parte, nos recuerda el gravísimo incendio de la Biblioteca Pública de los Ángeles, el 28 de abril de 1986, el cual inició a las 11:00 y quedó extinguido hasta las 18:30 del día siguiente. Gran parte consumida por el fuego, esa notable institución bibliotecaria estadounidense, perdió cuatrocientos mil libros y setecientos mil más resultaron seriamente dañados por el humo y el agua o por ambos. Se estima que por la cantidad de volúmenes destruidos o estropeados fue el equivalente al número total de libros de quince bibliotecas de tamaño común. Acontecimiento sobre el que pesa la sospecha de no haber sido un accidente, sino un percance provocado por un pirómano. En el libro de Orlean, Harry Peak es señalado como el presunto incendiario. A pesar de

que esa Biblioteca ocupaba un lugar central en la vida ciudadana de los Ángeles y de que durante varias horas ardieron las estanterías colmadas de libros, el siniestro se vio opacado en la prensa porque el accidente de la planta nuclear de Chernóbil esos días acaparó las páginas de los principales rotativos de la Unión Americana. Así, el mayor incendio en una gran biblioteca pública central estadounidense, en el siglo XX, quedó eclipsado en esa prensa por aquel accidente nuclear. Orlean afirma que el incendio fue gigantesco y furibundo porque alcanzó temperaturas de alrededor de mil grados centígrados. Para sofocar esa catástrofe ígnea tuvo que acudir casi todo el cuerpo de bomberos de Los Ángeles. Pese a esto, sería hasta el 30 de abril que *The New York Times* publicó al respecto apenas una breve nota en la página 14. Este incendio se puede considerar como una de las mayores pérdidas en la historia contemporánea que concierne a la destrucción de bibliotecas.

El libro de Ovenden hace un recorrido de tres mil años a través de la destrucción de la información y el conocimiento, sin pasar por alto la lucha de quienes a menudo, arriesgando sus vidas, han procurado preservar esos recursos intelectuales. El autor, director de la famosa Biblioteca Bodleiana de Oxford, narra los constantes ataques a libros y bibliotecas, desde la antigüedad hasta la Edad Moderna. De tal modo que explica los motivos políticos, religiosos y culturales en que son basados esos actos destructivos. En virtud que las bibliotecas respaldan el estado de derecho y ayudan a construir ciudadanía, Ovenden nos recuerda el potencial social y político que tienen estas instituciones, por lo que desafía tanto a los gobiernos como a la sociedad en su conjunto a proteger y apoyar esos espacios culturales esenciales en tiempos en que pueden estar en grave peligro. El libro de Ovenden trata, aunque no solamente, cuatro principales conflagraciones deliberadas para quemar libros: el incendio de la Gran Biblioteca de Alejandría; la incineración de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos por los británicos; la *Bücherverbrennungen* nazi que siguió al ascenso al poder de Hitler, es decir la quema de libros del 10 de mayo de 1933 en Alemania; y la devastación por proyectiles en Sarajevo de la Biblioteca Nacional y Universitaria de Bosnia y Herzegovina en la noche del 25 al 26 de agosto de 1992. El análisis muestra la estrecha relación que existe entre el conocimiento y el poder, conexión que está vinculado al incendio premeditado de libros y bibliotecas. Así, ante este hecho deleznable, Ovenden caracteriza al personal bibliotecario como relevante preservador, guardián e intermediario de la información a lo largo del eje conocimiento-poder. De modo que la concepción referente al poder perdurable del conocimiento preservado, ya sea en tabillas de arcilla, rollos de

papiro, códices encuadernados, libros impresos o bytes digitales, es de suma importancia para el presente y futuro de la humanidad.

4.3. La biblioclastia por arte

Como se ha dado a entender, la destrucción de libros y bibliotecas, como acto principal de biblioclastia, se suscita en diferentes entornos. En un análisis reciente se señala el arte como uno de los contextos de biblioclastia (Flores-Hernández et al., 2021, p. 108). Se trata de lo que ha sido denominado como «intervención de libros». En el ámbito de esta práctica “artística” un libro es intervenido de diferentes maneras para transformarlo en un objeto considerado “obra de arte”. En efecto, la realización de «Libros de Artista», es un arte basado en técnicas que destruyen libros, tal y como lo reconocen quienes saben del tema y practican esta extrema destreza estética. Esta técnica biblioclástica, considerada como bella expresión, surgió en la segunda mitad del siglo XX. Destruir el contenido original editado, semidestruir o destruir hasta hacer imposible la lectura de las páginas es el imperativo de estos «neobiblioclastas». El artista-destructor de libros elige determinado ejemplar para transformarlo, deformarlo, taladrarlo, pintarlo, subrayarlo, borrarlo, coserlo, al grado de hacerlo un objeto artístico intervenido.

En su tesis doctoral, *The unrepresentable: artistic biblioclasm and the sublime (Lo impresentable: biblioclastia artística y lo sublime)*, Raphael Vella ha denominado la intervención o alteración de libros como «biblioclastia artística», concepto que define como “un proceso artístico en el que los libros son manipulados, 'esculpidos', borrados o utilizados como elementos en ensamblajes y posteriormente presentados como libros alterados, libros-objeto...” (2006, p. 1). Se puede sugerir que este tipo de biblioclastia apunta a destruir, por ende, a inutilizar los libros como objetos de educación, información, conocimiento, cultura y recreación para así transformarlos, mediante varios procesos biblioclásticos, en obras intervenidas y alteradas; en objetos con diferentes formas hasta casi perder o perder por completo el aspecto de lo que realmente fueron. Ciertamente, “el término 'biblioclastia artística' se distingue de lo que se considera meramente 'biblioclastia', que se refiere a la destrucción de colecciones de libros y bibliotecas por parte de regímenes totalitarios o teocráticos (ibidem, 2006, p. 1). En efecto, la biblioclastia por arte no es de naturaleza represiva, dogmática o fundamentalista, pero el resultado es el mismo: el cese de la existencia de ciertos libros. Consecuentemente, todas las formas de biblioclastia se caracterizan por evidenciar comportamientos asociados al aniquilamiento de materiales bibliográficos. Se

puede argüir que la biblioclastia por arte no destruye sino transforma un libro legible en un objeto con identidad escultórica; que la apariencia del libro no se pierde totalmente porque todavía quedan remanentes de lo que fue como obra bibliográfica; que por rudimentaria que sea la alteración, la forma original persiste (ibidem, 2006, p. 26). Sin embargo, tengamos en cuenta esta aseveración (ibidem, 2006, p. 22):

[...] la biblioclastia artística se refiere a la destrucción parcial o total de libros o páginas de libros. El libro está visiblemente alterado, y las alteraciones se llevan a cabo de manera que eliminan u ocultan los rastros de la forma exterior del libro y/o su texto. Esto significa que aun cuando se agregue algún elemento al libro durante el proceso de alteración (por ejemplo, pintura o resina de poliéster), este aumento va acompañado de una reducción relativa en una o más calidades del libro. En particular, lo que se pierde es la identidad del libro: el libro alterado ya no es idéntico a su estado anterior ni a otras copias del mismo libro.

Entre las posibilidades que se distingue en materia de libros alterados, destacan las siguientes: 1) intervenido en sus páginas para modificarlo hasta convertirlo en una obra diferenciada; 2) intervenido como objeto, alterando su presentación de manera integral hasta cambiar su estado libresco para hacer un objeto distinto; 3) parasitado, en el que se introducen elementos externos al libro para provocarle cambios sustanciales; 4) intervenido hasta su casi destrucción, perdiendo la posibilidad de su lectura, pero manteniendo la estructura inicial del libro; 5) intervenido radicalmente hasta completamente destruirlo, perdiendo así su función de lectura y todos sus elementos bibliográficos materiales y descriptivos; y 6) autofagocitado, descomposición del orden de sus páginas como técnica de cambio o intervención (Antón y Sanz, 2012, p. 137).

Las técnicas para lograr determinadas formas se realizan mediante cortes o incisiones con diversos tipos de cuchillas que el biblioclasta-artista hace directamente a las distintas partes del libro. Rasgando, desgarrando, rompiendo, pintando, perforando, remachando y haciendo múltiples dobleces sobre los materiales originales es como se logran crear resultados diferentes. En Internet abundan los ejemplos de estos “bellos libros”. Libros convertidos comúnmente en piezas decorativas, realizadas artesanalmente. Empero, no todos comparten esta visión estética; no todos consideran que un libro intervenido sea genuinamente una obra de arte, aun cuando así se intente mostrar al público; aun cuando bibliotecarios y bibliotecas colaboren en el desarrollo de esta naturaleza de biblioclastia.

Estos neobiblioclastas arguyen, para defender su movimiento artístico, que utilizan libros abandonados; libros reciclados; libros de viejo o segunda mano que ya nadie lee; enciclopedias, atlas y diccionarios que nadie consulta; libros desechados por expurgos o descartes realizados en bibliotecas; o libros sobre varias temáticas ya en estado de obsolescencia. De modo que a esos libros sometidos a procesos de selección negativa se les concede, según algunos, una segunda vida al transformarlos en obras de arte. Así, ellos no solamente se proyectan como artistas plásticos, sino que además se hacen pasar como expertos del conocimiento bibliográfico que solamente verdaderos profesionales de editoriales, librerías y bibliotecas dominan. Aunque no nos asombre encontrar algunos de estos profesionales como aliados, admiradores o partidarios de la biblioclastia por arte.

El espíritu destructor de los neobiblioclastas se puede percibir a través de las siguientes palabras (Moros, 2010, p. 154; las cursivas son del autor):

Del modo que sea, intervenir la *forma* libro, en el más efímero de los casos, puede limitarse a quemar una edición completa de la poesía de Federico García Lorca. Bastaría con asumir el evento como una metáfora visual de la postura fijada por la falange española frente a la poesía republicana durante la Guerra Civil (1936-1939). Simulacro y efímera puesta en escena donde las llamas devoran contenidos, significados, sentido *informado* por una lengua natural. El papel y la hoguera sólo importan como escenografía de un espectáculo en el que un ser humano destruye simbólicamente las *significaciones* de otro.

En suma, el libro intervenido, el libro de artista, al ser manipulado hasta convertirlo en un libro objeto distinto para lo que fue editado, impreso y publicado, es modificarlo, transgredirlo y destruirlo para presentarlo como obra de arte. Es, por ende, biblioclastia por arte o biblioclastia artística. El colmo de esta práctica es que el personal de algunas bibliotecas universitarias ha estado facilitando libros con el afán de crear obras artísticas. Para evitar la polémica, se esgrime el argumento de que se intervienen o alteran libros obsoletos de ciencia y tecnología, extraídos del expurgo hecho en algunos centros bibliotecarios. Pero no siempre es así, pues a veces se toma un libro cualquiera para manipularlo hasta producir un nuevo objeto, haciendo perder su presentación como instrumento de difusión de ideas. Así, la información y el conocimiento, como recursos culturales, quedan deshechos, demolidos, arrasados. De tal manera que los libros de artista pierden sus fines principales: la consulta, el estudio, la investigación, la recreación, en suma, la lectura en sus diversas modalidades.

5. Ucrania, el escenario actual de biblioclastia

Como se puede constatar, el libreto de la biblioclastia se repite inevitablemente en el actual escenario bélico entre Rusia y Ucrania. Las noticias que circulan alrededor del mundo en torno a este enfrentamiento no deja lugar a dudas sobre los comportamientos biblioclásticos en esa región del planeta. Actos libricidas asociadas con actos de censura, tanto por parte de los rusos como de los ucranios, están al orden de día. De tal modo que se asevera categóricamente: "La destrucción de libros, la persecución de autores y la censura de obras han alcanzado su cénit en la guerra actual, lo que permite hablar de "bibliocidio" en Ucrania" (Fernández, 20 de junio de 2022, p. 15). Hermina GB Anghelescu (2022) es quizás la primera en tratar, con perspectiva histórica contemporánea, este asunto en su artículo «Ukraine's libraries under Russian fire: the first fifty days of aggression». Para tener un antecedente general, es importante decir que Ucrania contaba, hasta antes de la guerra, con un relevante sistema bibliotecario nacional (2).

5.1. Bibliotecas bombardeadas

La historia de la guerra evidencia que el bombardeo es estratégico y táctico. El primero se refiere al ataque sistemático por aire llevado a cabo durante una guerra total; el segundo es cuando se arrojan bombas contra determinadas instalaciones o recursos del enemigo. De modo que el bombardeo aéreo se realiza con el apoyo de la aviación militar para arrasarse estructuras fortificadas, ejércitos, edificios y zonas urbanas, por lo que los civiles también son víctimas de estas operaciones, cuyo propósito es desmoralizar al oponente, particularmente a la población civil y a su gobierno. Desde esta perspectiva, en la historia de las bibliotecas en tiempos de guerra sobresalen los bombardeos en las ciudades-frente, en donde se hallan grandes y relevantes sistemas bibliotecarios, entre otros espacios bibliográficos como librerías, editoriales, etcétera. El caso de las bibliotecas bombardeadas durante la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) es la más nefasta destrucción deliberada de este tipo de instituciones culturales que cometieron los países beligerantes (Stubbing, 1993). Los asuntos sobre las bibliotecas en la historia de la guerra y la guerra en la historia de las bibliotecas (Butler, 1945) continúan hasta hoy en día, pues la destrucción física de sus acervos por las directas acciones militares son una realidad en el actual conflicto bélico entre Rusia y Ucrania.

El inicio de la invasión del ejército ruso a territorio de Ucrania ocurrió a partir del 24 de febrero de

2022. Como suele suceder en tiempos de guerra, en las ciudades-frente la destrucción de libros y bibliotecas por el fuego enemigo es una cruenta realidad. Así, la Asociación de Bibliotecarios de Ucrania (Українська бібліотечна асоціація) denunció en su Facebook: "Rusia ha comenzado a destruir la educación y la cultura ucranias: bombardeando bibliotecas, museos, universidades, escuelas, así como monumentos notables mundiales, que son una grave violación del derecho internacional humanitario". Al respecto se sabe que la Biblioteca Regional para Jóvenes de Chernihiv (Чернігівську обласну бібліотеку для юнацтва), ciudad del norte de Ucrania, fue alcanzada durante un bombardeo nocturno entre el 10 y el 11 de marzo. En un video, disponible en *YouTube*, se observan libros, estanterías, ventanas y estructuras gravemente dañadas de esa Biblioteca. También la Biblioteca Infantil resultó dañada a causa de las bombas lanzadas por las tropas rusas. Ambas bibliotecas dejaron de funcionar.

Sobre este mismo asunto, Bruy Oksana Nikolaevna, presidenta de la Asociación de Bibliotecarios de Ucrania, informó que entre las bibliotecas dañadas por los bombardeos rusos se halla también la Biblioteca de la Universidad de Karazin en Kharkiv, famosa por su ciudad universitaria. De tal suerte que ella ha dicho: "Da mucho miedo cuando se bombardean escuelas, bibliotecas, universidades, hospitales, maternidades, barrios residenciales" (Chappell, 2022). Así, la idea que asevera; "el gran costo de la guerra está en los valores culturales y espirituales, y esta pérdida es absoluta" (Butler, 1945, p. 9), no pierde vigencia.

En el *Svaz knihovníků a informačních pracovníků ČR (Boletín del Sindicato de Bibliotecarios y Trabajadores de la Información de la República Checa)*, Linda Jansová entrevistó a la presidenta de la Asociación de Bibliotecarios de Ucrania, quien informó con cierto detalle (Bruy y Jansová, 2022, p. 2):

Ahora sabemos sobre el daño de las bibliotecas en Kharkiv. Estas son la Biblioteca Científica CenMinister of culture of Ukrainetral de la Universidad Nacional Karazin Kharkiv, la Biblioteca Estatal Korolenko Kharkiv, la Biblioteca Pública Central del distrito de Kyiv de Kharkiv, la Biblioteca Sucursal No. 35 para niños de la Biblioteca Central del Distrito Shevchenkivsky de Kharkiv, 46 bibliotecas escolares.

En Chernihiv, la biblioteca central de la ciudad de Chernihiv, que lleva el nombre de M. Kotsyubynsky, la biblioteca infantil de la ciudad de Chernihiv, que lleva el nombre de O. Dovzhenko, la biblioteca regional para la juventud de Chernihiv, la biblioteca científica universal regional de Chernihiv y otras fueron destruidas por los bombardeos rusos enemigos.

La misma situación con la Biblioteca Infantil y Juvenil de Starobilsk (región de Lugansk) y la Biblioteca Pública de la Ciudad de Severodonetsk (región de Lugansk) y la Biblioteca de la Aldea Shulikovska (región de Lugansk), la Biblioteca Científica y Pedagógica de Mykolaiv (Mykolaiv), la Biblioteca de la Universidad Estatal de Sumy (Sumy).

Todas las bibliotecas en Mariupol, Bucha, Gostomel, Irpin, Borodianka están destruidas, porque estas ciudades están completamente destruidas.

Desafortunadamente, el número de tales bibliotecas aumenta cada día.

Estos daños al patrimonio documental de Ucrania es parte de lo que ha sido destruido del patrimonio cultural de ese país, pérdida que se estima irreparable, toda vez que este conflicto bélico “ha provocado la destrucción o retirada de miles de obras de los estantes de librerías y bibliotecas” (Fernández, 20 de junio de 2022, p. 4). En este sentido, no hay duda que el patrimonio cultural y la identidad nacional de Ucrania está seriamente amenazada, ya que “bibliotecas, archivos, museos y monumentos se han convertido en víctimas de la guerra” (Anghelescu, 2022, p. 213). En torno a este contexto libricida, Stephen Marche aseveró el pasado 4 de diciembre en el semanario dominical británico *The Observer/The Guardian* (Marche, 4 December, 2022):

Los rusos han destruido más de 300 bibliotecas estatales y universitarias desde el comienzo de la guerra. En mayo, la Biblioteca Nacional realizó una encuesta en línea sobre el estado de su sistema. Para entonces, 19 bibliotecas ya estaban completamente destruidas, 115 parcialmente destruidas y 124 dañadas permanentemente. Los rusos han destruido bibliotecas en Mariupol, Volnovakha, Chernihiv, Sievierodonetsk, Bucha, Hostomel, Irpin y Borodianka, junto con las ciudades a las que servían. Han destruido al menos varios miles de bibliotecas escolares.

Rostyslav Karandeev, primer viceministro de Cultura y Política de Información de Ucrania, aseveró que “como resultado de la agresión rusa en Ucrania, se destruyeron alrededor de 100 bibliotecas, y en las que sobrevivieron en los territorios ocupados, los rusos destruyeron libros en idioma ucraniano” (Chercasets, 12/08/2022). Con el paso de los días, se observa que el número de centros bibliotecarios dañados o destruidos ha estado aumentando. Así, el 3 de diciembre Oleksander Vladyslavovych Tkachenko, ministro de Cultura e Información Política, informó en su canal de *Telegram* que, debido a la invasión rusa a gran escala, 358 bibliotecas ucranianas habían resultado dañadas o destruidas. La mayoría de ellas se encuentran en la región de Donetsk (31 %), la región de Kyiv (21 %), la región de Mykolaiv (13 %) y la región de Kharkiv (11 %) (Chytomo, 03/10/2022). Es decir, en donde se han estado

entablado los enfrentamientos bélicos más cruentos. Pero la desviación social y política que denota actos biblioclásticos o libricidas en ese país no solamente ha corrido a cuenta de la parte rusa, también los ucranios han estado cometiendo hechos invasivos y destructivos contra acervos bibliográficos de autores rusos que se hallan en las estanterías de bibliotecas de ese país agredido. Asunto que se trata más adelante.

Esta situación biblioclástica en curso demuestra, una vez más, que es en tiempos de guerra cuando los actos de *libricidio* se suman para ocasionar incluso actos que apuntan hacia un *memoricidio*, el cual parece estar en riesgo de convertirse en un grave *genocidio cultural*. La destrucción del patrimonio cultural ucranio, por parte del ejército ruso, se ha relacionado con asuntos ideológicos. Los actos de destrucción masiva intencionada de libros y otros tipos de documentos (como revistas y periódicos), de bibliotecas y otras instituciones documentales (como archivos y museos), bajo la dirección del Estado ruso, muestran la intención de desaparecer artefactos espirituales, nacionales y culturales de Ucrania para así socavar la fuerza moral y extinguir el patrimonio y la identidad cultural de esa nación. Al respecto se ha afirmado: “Cuando Rusia invadió Ucrania, una parte clave de su estrategia fue destruir bibliotecas históricas para erradicar el sentido de identidad de los ucranios” (Marche, 4 december, 2022). Punto de vista que concuerda con lo dicho por Karandeev: “Este es un rasgo característico de Rusia: destruir el idioma nativo, imponer sus propias reglas de vida” (Chercasets, 12/08/2022). Por esto, “en Kyiv, el 10 de octubre, los rusos bombardearon la Biblioteca Científica Maksymovych de la Universidad Nacional Taras Shevchenko de Kyiv, la Biblioteca Nacional Vernadsky de Ucrania, la Biblioteca Médica Científica Nacional de Ucrania y la biblioteca juvenil de la ciudad de Kyiv” (Marche, 4 december, 2022). Pérdidas parciales y totales de bibliotecas ha sido el resultado caótico y nefasto de este conflicto bélico. Al respecto Rostyslav Karandeev afirmó: “Las bibliotecas de las regiones de Donetsk, Kyiv, Mykolaiv y Kharkiv fueron las más afectadas. 101 bibliotecas perdieron una parte importante de sus fondos, y en 21 bibliotecas no se conservó ni un solo documento” (Chercasets, 12/08/2022). Pero las tropas rusas no solamente han bombardeado centros bibliotecarios, pues también ha sido acusadas de “saquear librerías y bibliotecas para tomar obras en idioma ucranio y destruirlas, con predilección por los libros de texto de historia ucraniana (Fernández, 20 de junio de 2022, p. 12). Esta situación evidencia que el libro es un potente objeto ideológico, un instrumento que difunde una gran diversidad de ideas

que pueden o no favorecer los intereses de los grupos en pugna.

Graves acontecimientos que al final de la guerra habrán de investigarse con base en una rigurosa metodología historiográfica para que así queden registrados en los anales de la historia universal. Para que esa destrucción del conocimiento en tiempos de guerra, durante el siglo XXI, quede en la memoria colectiva. Quien esto escribe hace votos para que pronto termine esa guerra y así poner fin a las pérdidas humanas y culturales de Ucrania.

5.2. Censura y aniquilamiento de literatura rusa en las bibliotecas ucranias

Como se puede observar, la destrucción de libros y bibliotecas como forma de represalia contra el enemigo o por efectos colaterales de las acciones militares de ambos bandos sobre el terreno de combate, es muestra de una clara guerra contra la cultura, de una intensa «guerra cultural» “que desde el 2014 ha ido deviniendo en real, cuyos máximos exponentes han sido la manipulación de la memoria histórica en ambos países y el control de la producción editorial para adaptarla a sus discursos políticos y nacionales” (Fernández, 20 de junio de 2022, p. 1). Ante esta disputa cultural, Ucrania ha respondido con especial virulencia contra la cultura bibliográfica rusa, de tal suerte que:

Actualmente, el Ministerio de Cultura está trabajando para eliminar la literatura rusa propagandística de las colecciones de las bibliotecas ucranias. Los libros retirados se reciclarán para las editoriales ucranias. Al mismo tiempo, uno de los diputados del pueblo consultó con metodólogos y profesores de literatura extranjera y compiló una lista de obras rusas que deberían eliminarse del plan de estudios escolar (Chercasets, 12/08/2022).

Así, se está siendo testigo de una limpieza étnico-bibliográfica en el marco del sistema bibliotecario de Ucrania. El barrido de libros rusos en las estanterías de aquellos centros bibliotecarios está basado en ideas que rayan en un fuerte sentimiento antirruso, vinculado a prejuicios, temores o aversiones hacia lo escrito y publicado en el país de León Tolstoi, Máximo Gorki y Fedor Dostoievski, entre otros autores representativos de la literatura universal. Aunque se ha superado la etapa de la Guerra Fría, el espíritu que implica *rusofobia* cobra fuerza en este conflicto. La evidencia es la entrevista que la directora del Instituto del Libro de Ucrania, Oleksandra Koval, concedió a la agencia Interfax de ese país (Shumikhin, 23 de mayo, 2022). A saber, por lo que declaró esa funcionaria, se afirma que en ese país “se ha inventado una nueva forma de limpieza étnica, hasta donde sepamos sin

antecedentes históricos en ningún lugar del mundo. Es una limpieza étnica de tipo bibliográfico, un bibliocidio con nuevos ingredientes” (Vega, 9 de junio, 2022). En efecto, Koval, apoyándose en la autorización del ministro de Cultura e Información Política, es quien (Vega, 9 de junio de 2022):

[...] ha dado la orden de limpiar las bibliotecas de su país de todos los libros rusos que allí se encuentren. La cifra es asombrosa: se ordenó sustraer de esas bibliotecas cien millones de libros (en números, para que no quepa duda, 100.000.000) y luego destruirlos. Esta burócrata-censora, que tiene más que ver con la muerte que con los libros, ha dicho que se trata de limpiar las bibliotecas de Ucrania, porque no se puede aceptar la “propaganda rusa”, por lo cual en su pobreza mental entiende todo lo que esté escrito en ruso y eso se hace porque según su concepción bélica los libros son “un arma tanto para atacar como defender”.

Para llevar a cabo este acto de censura-destrucción, se sabe que es toda una urdimbre estatal de Ucrania la responsable, pues han estado interviniendo funcionarios del Parlamento, del Ministerio de Cultura y Política de la Información, del Instituto del Libro, de las Bibliotecas Nacionales (3) y de las Bibliotecas Públicas para proceder a la incautación de “libros de contenido antiucraniano”. Para legalizar esa política de censura y destrucción de material bibliográfico, se ha elaborado un “reglamento” que permita la retirada legaloide de las obras consideradas como “ideológicamente dañinas”. Alexander Pushkin, Fiodor Dostoyevski y Leon Tolstói, son algunos autores cuyas obras serán requisadas por las autoridades ucranias en las bibliotecas de ese país. Así, queda claro que los libros y las bibliotecas no son inmunes frente a las políticas bibliofóbicas y libricidas de los Estados biblioclastas en guerra. Es decir, no solamente es un acto de evidente censura con tintes nazi-fascistas, sino de un escandaloso hecho de *biblioclasmo* o *biblioclastia* en pleno siglo XXI, pues se trama que esos libros sean usados como papel de reciclado para la industria editorial de Ucrania.

Por si fuera poco, con el afán de proteger la cultura ucraniana del Estado agresor, la parte oficial intenta derogar la influencia cultural bibliográfica de Rusia en su sector editorial. De tal modo que el Parlamento de Ucrania (Верховна Рада України) adoptó en junio la ley N 7459, en la que se prohíbe la importación de libros de Rusia, Bielorrusia y el territorio ocupado por Rusia. Ley que estipula que a partir de enero de 2023 los libros deberán publicarse dentro del territorio ucraniano y deben ser escritos en idioma ucraniano, idioma autóctono o uno de los idiomas oficiales de la Unión Europea (Gupta, 20/06/2022). De esta manera, Ucrania se ha convertido en un evidente Estado

censor y destructor de material bibliográfico ruso. Las categorías de libros antiucranios, publicaciones antiucranias y literatura antiucrania cobran fuerza en ese conflicto para apuntalar, desde las altas esferas gubernamentales, la implementación de una política estatal que censura prohibiendo y restringiendo la libre circulación de las ideas impresas en ruso.

Como se puede constatar, la intensa rusofobia en Ucrania ha estado incluyendo a la lengua rusa, los autores rusos y la cultura bibliográfica rusa, en general. De modo que la limpieza étnica de naturaleza bibliográfica en ese país, de la que trata el historiador colombiano Renán Vega Cantor, es integral, pues refiriéndose a la rusófoba Oleksandra Koval, escribe (Vega, 9 de junio de 2022):

Esta burócrata, que parece que en su vida jamás ha leído un libro, sostuvo que se trata de eliminar antes de que termine este año la literatura de propaganda, con contenido antiucraniano, que comprende todos los libros editados en Rusia y escritos en Rusia, incluyendo a los clásicos de la literatura universal de todos los tiempos, porque son “ideológicamente dañinos”. Nada se salva de la limpieza bibliográfica ya que en ella se incluyen los libros infantiles, novelas, cuentos y obras policiales. La limpieza bibliográfica no tiene límites cronológicos y se incluyen los libros rusos y soviéticos producidos en cualquier momento, antes y después de 1991 cuando desapareció la Unión Soviética.

Más aún, la postura antirusa de Koval no tiene límites. Aspira que la censura y destrucción de libros rusos se practique más allá de las fronteras de Ucrania. Es decir, la confiscación de libros con narrativas prorrusas, estigmatizados como “literatura ideológicamente dañina”, espera sean retirados de librerías y bibliotecas en otros países para ser catalogados como papel de desecho. Para esto, “pide a los migrantes ucranianos que donde se encuentren se vuelvan censores e inquisidores de los libros rusos para que estos desaparezcan de las bibliotecas y librerías de las ciudades europeas” (Vega, 9 de junio de 2022). La actitud rusofóbica de Koval está lejos de mostrar cordura, prudencia o sensatez, valores que se espera tenga una funcionaria responsable de la política cultura del libro de una nación multicultural. Así, como la lógica de la guerra es brutal y esquizofrénica, la censura y destrucción de libros continuará (Fernández, 20 de junio de 2022, p. 13) en esa parte del planeta. La supresión de libros rusos en el sistema bibliotecario de Ucrania, orientada por un fuerte sentimiento nacionalista, es parte de una evidente batalla que se pretende ganar para forjar una memoria histórica autónoma. Pero ¿es justo eliminar el patrimonio bibliográfico ruso en aras de un nacionalismo cívico sostenido por un patriotismo defensivo frente a Rusia? La historia se encargará de

responder esta pregunta y de juzgar esta política contraintelectual, delirante y alienante.

5.3. ALA condena el daño masivo de bibliotecas en Ucrania

A pocos días de haber iniciado el conflicto bélico entre Rusia y Ucrania, varias asociaciones de bibliotecas y bibliotecarios de países de Europa (Alemania, España, Estonia, Finlandia, Francia, Dinamarca, Inglaterra, Italia, Letonia, Lituania, Noruega, Polonia, República Checa, Rumania, Suecia) y América (Estados Unidos, Canadá y Brasil) manifestaron su solidaridad con la comunidad bibliotecaria de Ucrania. Estas declaraciones de diversas asociaciones, difundidas en Internet, documentan con claridad el valor de la solidaridad entre el gremio bibliotecario internacional en tiempos de guerra. Asimismo, son expresiones colegiadas en la que se percibe una evidente preocupación por la conservación de la información ante el posible riesgo de destrucción parcial o total de espacios bibliotecarios destinados a la lectura, la consulta y la investigación.

El 4 de mayo la American Library Association (ALA) anunció el American Library Association Ukraine Library Relief Fund con el propósito de recaudar donaciones para la comunidad bibliotecaria de Ucrania y así ayudarle a enfrentar los desafíos de la guerra. En ese documento, se notificó: “En ciudades y pueblos de Ucrania, docenas de bibliotecas han sido dañadas o destruidas”. Así las cosas, la ALA el 25 de junio hizo pública su condena a través de la resolución CD#57. Entre otras cosas, manifestó (ALA, 2022):

La ALA deplora el continuo daño masivo y la destrucción de las bibliotecas, escuelas y otras instituciones culturales de Ucrania.

Según la UNESCO, al 29 de mayo de 2022, 1.888 instituciones educativas han sufrido bombardeos y 180 han sido destruidas por completo; y al 4 de julio de 2022, se dañaron 7 bibliotecas, 71 sitios religiosos, 12 museos, 30 edificios históricos, 21 edificios dedicados a actividades culturales y 16 monumentos. Esto es, por supuesto, además de la pérdida inconcebible de vidas humanas.

En concordancia con lo expresado, el escenario libricida o biblioclasta que vive Ucrania, hace necesario que los libros que se han publicado en el presente siglo sobre la destrucción de libros y bibliotecas sean actualizados. Libros como los de Rebecca Knuth, Fernando Báez, Richard Oven- den y de otros autores mencionados en el presente trabajo. La historia contemporánea de las bibliotecas ucranias está cambiando día a día porque están en medio del fuego de los ejércitos en combate, por ende, la historia sobre este libricidio debe quedar registrado objetivamente en la memoria documental de la humanidad.

6. Conclusión

Biblioclastia y libricidio son las palabras clave en las que gravitan los diferentes rubros que estructuran el presente discurso. En concordancia con su significado teórico y su proyección histórica, se reafirma que estos fenómenos han ocurrido a lo largo de los siglos alrededor del mundo. Es decir, desde tiempos remotos hasta hoy en día. La diferencia entre esos actos estriba en la magnitud del daño, el contexto social en que se llevan a cabo, la causa que los motiva y los protagonistas responsables que los cometen.

Así, se ha hecho alusión a otras dos palabras claves que mantienen una estrecha relación: *Estado biblioclasta* y *Estado libricida*. Su significado implica entender la potente destrucción deliberada que este aparato de poder político ha llevado a cabo en determinados contextos sociales, políticos, culturales, económicos e ideológicos, tanto en tiempos de guerra como en golpes de Estado. La historiografía de la guerra en general y de la destrucción de libros y bibliotecas en tiempos de conflictos bélicos en particular, por un lado, y la devastación de estos objetos e instituciones culturales en periodos de golpes de Estado, por el otro, retratan al Estado como la estructura política que más ha practicado la biblioclastia o el libricidio, hasta alcanzar niveles de memoricidio.

Como se ha expuesto, los acontecimientos sobre la devastación de libros y bibliotecas son vastos en todas las coordenadas de tiempo y espacio. Sabemos que en eventos considerados como evidente biblioclastia y libricidio, han estado involucrados diferentes protagonistas. En la cadena del libro se visualizan autores, editores, impresores, libreros, bibliotecarios, bibliógrafos, bibliófilos, entre otros. Estos son principalmente las víctimas, aunque a veces también han sido parte activa —por omisión, ignorancia, temor o comisión— de los victimarios. En algunos contextos, esto último ha sido históricamente documentado. La práctica del funesto apartheid bibliotecario en Sudáfrica y el lamentable actuar de los bibliotecarios nazis en Alemania, son algunos de los infaustos acontecimientos que propiciaron desoladores escenarios de biblioclastia y libricidio durante el siglo XX. Parte de la bibliografía analizada y citada en el presente escrito constata esto.

La quema de libros, como uno de las pautas en torno a la destrucción de fondos bibliográficos, evidencia acontecimientos de biblioclastia y libricidio. Algunos de gran magnitud, han continuado siendo tema de investigación historiográfica. Así, se ha pasado revista a una serie de obras monográficas, centradas precisamente sobre la quemazón de libros en diversos contextos. El hecho que sea literatura especializada publicada en el

siglo que transcurre, significa que el interés de la comunidad académica referente a esta temática continúa —con empeño, rigor y brío— poniendo el dedo en la llaga. Se muestra de esta manera que la devastación de material bibliográfico en general y de libros en particular, es una parte relevante de la historia social y política del libro y las bibliotecas en el mundo.

Consecuentemente, no se trata de una línea de investigación histórica inocua o apolítica. Temática que en las escuelas de bibliotecología, biblioteconomía y ciencia de la información no deben pasar desapercibida para demostrar el mito del quehacer bibliotecario neutral, visto al interior y exterior del mismo. El hecho que los fondos bibliográficos y las instituciones bibliotecarias que los desarrollan, organizan, circulan y resguardan, estén comúnmente en el maremágnum de los actos biblioclásticos y libricidas, es muestra fehaciente que esos objetos y organismos han tenido, tienen y tendrán un gran potencial social, político, cultural e ideológico. Quizá por esto, la historia de la destrucción de esos recursos es una historia que no tiene fin.

Asimismo, no ha pasado inadvertido el tema de los libros intervenidos, transformados y deformados hasta lograr su destrucción parcial o completa con el afán de convertirlos en atractivas obras de arte. Por esto, se ha hecho alusión a la biblioclastia artística o biblioclastia por arte. No faltará quienes estén de acuerdo con el destrozo de estos neobiblioclastas, pero también habrá quienes los considerarán como abyectos destructores de libros. Incluso, habrá quizás quienes estén de acuerdo en formar fondos bibliotecarios con libros intervenidos; pero es posible que no toda la comunidad comparta la idea de montar exposiciones, temporales o permanentes, con fondos alterados pertenecientes a ciertas bibliotecas, ni mucho menos con la vil pretensión de ir aumentando muestras de libros taladrados, pintados, borrados, cortados, cosidos, etcétera.

Para reafirmar que los fenómenos de la biblioclastia y libricidio continúan hasta hoy en día, nos hemos aproximado al caso de la destrucción de libros y bibliotecas en el actual conflicto bélico que sostienen Rusia y Ucrania. Acontecimientos que revelan que los actos libricidas, en el presente siglo, tienden a ser interminables en el acontecer social y político de las sociedades, los pueblos, las naciones y los Estados. En el contexto libricida de Ucrania, a la destrucción parcial o total de bibliotecas hay que sumar la prohibición de importación de libros en idioma ruso, así como el retiro y el reciclado de material bibliográfico y la separación de obras literarias en los planes de estudio, tanto de autores rusos como soviéticos (no ucranios). Hechos que ilustran con especial

elocuencia la práctica de la censura, la biblioclastia y el libricidio. Dado que esa guerra continúa, aún está pendiente saber, con mayor certeza, el grado total de la destrucción bibliográfica y bibliotecaria en esa región de mundo. Asimismo, en virtud que ese conflicto bélico está en curso, para documentar los hechos de censura y destrucción de material bibliográfico en Ucrania, las citas y referencias bibliográficas han sido principalmente artículos de prensa. Por ende, los nuevos libros que se publiquen en los próximos años sobre los asuntos centrales tratados aquí, los autores tendrán que dedicar un nuevo capítulo para relatar los destrozos cometidos por ambos bandos.

Es claro que los comportamientos relacionados con la devastación de libros y bibliotecas, objetos e instituciones esenciales de la cultura bibliográfica de los pueblos, trastocan la paz, perturban la armonía, atacan la libertad de acceso a la información, socaban los derechos humanos y alteran el orden público de nuestras sociedades multiculturales. Por esto, la comunidad bibliotecaria tiene la responsabilidad social de continuar estudiando y analizando esta temática desde diferentes aristas. La educación e investigación en bibliotecología, biblioteconomía y ciencia de la información, así como la práctica de estas disciplinas, deben constituirse en una de las primeras líneas de defensa con respecto a conductas que atentan contra los bienes culturales de los pueblos. De manera concreta, corresponde mayor responsabilidad entre quienes tienen como objetivo enseñar e investigar asuntos de bibliotecología social, historia social del libro y las bibliotecas, entre otras asignaturas afines. El personal bibliotecario en activo también tiene la responsabilidad de estudiar y analizar la temática aludida, con el objetivo de generar conciencia social y colaborar con nuevos aportes a nuestra literatura especializada.

Notas

- (1) La explicación de estos dos conceptos formó parte del "Análisis conceptual en torno a la destrucción de libros y bibliotecas", discurso presentado en modalidad de conferencia virtual en el Encuentro Internacional de Basta Biblioclastia (EIBB) "La biblioclastia en el siglo XXI", evento efectuado en Argentina el 22 de septiembre de 2022, organizado por el Colectivo Basta Biblioclastia, la Comisión de Homenaje Permanente a los Trabajadores de Bibliotecas Desaparecidos y Asesinados por el Terrorismo de Estado y la Asociación de Bibliotecarios de Córdoba, con el aval institucional y académico del Honorable Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía y Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional de Córdoba mediante Resoluciones 63 y 219 del año 2022 y aval del Honorable Consejo Directivo de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de la Plata en su Resolución 1467/2022.
- (2) Hasta finales de 2020, se informó que este sistema tenía 30.681 bibliotecas en total. Entre ellas 12 bibliotecas nacionales y estatales, 14.948 bibliotecas públicas, 14.848 bibliotecas escolares, 181 bibliotecas universitarias, 96 bibliotecas de la Academia Nacional de Ciencias, 174 bibliotecas de la Academia Nacional de Ciencias Agrícolas, y 63 bibliotecas de la Sociedad Ucraniana de Ciegos (Bruy, Oksana; Jansová, Linda. (2022). Según el *Library map of world*, elaborado por la International Federation of Library Associations and Institutions, en 2018 Ucrania tenía en total 35.076 bibliotecas, con la siguiente distribución: 14 bibliotecas nacionales, 1.843 bibliotecas académicas, 18.261 bibliotecas públicas, 14.662 bibliotecas escolares y 296 catalogadas como "otros" tipos de bibliotecas, muy probablemente bibliotecas especiales (Anghelescu, 2022, p. 215).
- (3) El sistema bibliotecario de Ucrania cuenta con nueve bibliotecas nacionales: 1) Biblioteca Nacional Vernadsky, 2) Biblioteca Parlamentaria Nacional, 3) Biblioteca Histórica Nacional, 4) Biblioteca Nacional de Ucrania para niños, 5) Biblioteca Científica Nacional Vasyl Stefanyk Lviv, 6) Biblioteca Médica Científica Nacional, 7) Biblioteca Nacional de Derecho, una división de la Biblioteca Nacional Vernadsky, 8) Biblioteca Nacional Científica Agrícola de la Academia Nacional de Ciencias Agrícolas, y 9) Biblioteca Nacional Científica (de investigación) (Yaroshenko y Bankovska, 2014, 432-433). En otra fuente, se afirma que en 2018 había 14 bibliotecas nacionales (Anghelescu, 2022, p. 215).

Referencias

- ALA. American Library Association (2022). ALA Condemns Destruction of Libraries, Schools, and Cultural Institutions in Ukraine. // ALAnews. <https://www.ala.org/news/press-releases/2022/07/ala-condemns-destruction-libraries-schools-and-cultural-institutions-ukraine> (2022-25-11).
- ALA. American Library Association (2022). ALA announces Ukraine Library Relief Fund. // ALAnews. <https://www.ala.org/news/press-releases/2022/05/ala-announces-ukraine-library-relief-fund> (2022-10.12).
- Albert, Mechthild (2015). Quema de libros y antitotalitarismo: Manuel Rivas Los libros arden mal y Ray Bradbury Fahrenheit 451. // *Olivar*. 16: 24, s. p. https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.7357/pr.7357.pdf (2022-09-15).
- Althusser, Louis (2008). Ideología y aparatos ideológicos del Estado: práctica teórica y lucha ideológica. México: Grupo Editorial Tomo.
- Anghelescu, Hermina G.B (2022). Ukraine's libraries under Russian fire: the first fifty days of aggression. // *Libraries: Culture, History, and Society*. 6:2, 213-217.
- Antón, José Emilio; Sanz Montero, Ángel (2012). El libro de los libros de artista. España: La Única Puerta a la Izquierda.
- Báez, Fernando (2004). Historia universal de la destrucción de los libros: de las tablillas sumerias a la guerra de Irak. México: Ranom House Mondadori.
- Báez, Fernando (2013). Nueva historia universal de la destrucción de libros: de las tablillas sumerias a la era digital. México: Editorial Océano.
- Biblioteca Nacional del Perú (2017). Toussaint, Florie; Chinchay, Rubén Robles; Camarena, Henry Barrera; Mondragón Miranda, Mariela; Moreno Matos, Jorge (equipo de investigación). Memoria recuperada: rescate de los libros quemados de la Biblioteca Nacional. Lima: Biblioteca Nacional del Perú; Unesco.
- Blades, William (2016). Los enemigos de los libros: contra la biblioclastia, la ignorancia y otras bibliopatías. Madrid: Fòrcola Ediciones.
- Bosmajian, Haig (2006). Burning books. Jefferson, North Carolina: McFarland & Company.

- Brink, Andr Phillipus (1988). *Los hacedores de mapas: el escritor asediado*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bruy, Oksana; Jansová, Linda (2022). Oksana Bruy, předsedkyně Sdružení ukrajinských knihoven: Ukrajinské knihovny se snaží fungovat i za probíhajících bojů [Oksana Bruy, presidenta de la Asociación de Bibliotecas de Ucrania: Las bibliotecas de Ucrania están tratando de funcionar incluso durante los combates en curso]. // *Svaz knihovníků a informačních pracovníků ČR*. 31: 2, 1-16.
- Buonocore, Domingo (1976). *Diccionario de bibliotecología: términos relativos a la bibliología, bibliografía, bibliofilia, biblioteconomía, archivología, documentología, tipografía y materias afines*. 2ª ed. Buenos Aires: Marymar
- Buonocore, Domingo (1952). *Vocabulario bibliográfico*. Santa Fe, Argentina: Librería y Editorial Castellví.
- Butler, Pierce (1945). *War in library history*. // Butler, Pierce (ed.). *Books and libraries in wartime*. Chicago, Illinois: University of Chicago Press. 9-27.
- Cassillo, Giuseppe. (2015). *Biblioclastia: come, quando e perché si brucia un libro*. Italia: Youcanprint Self-Publishing.
- Castillo, Ramón (2017). *La quema de libros como representación*. // Marjorie Mardones Leiva (Coord.). *Biblioteca recuperada: la batalla por la memoria*. Valparaíso, 1973. Chile: Universidad de Playa Ancha: Ministerio de Educación. 37-42.
- Chappell, Bill (09/03/2022). *Ukraine's libraries are offering bomb shelters, camouflage classes and, yes, books*. NPR [National Public Radio]. <https://www.npr.org/2022/03/09/1085220209/ukraine-libraries-bomb-shelters> (2022-27-09).
- Chercasets, Olena (12 de octubre, 2022). *В Україні знищено росіянами близько 100 бібліотек [Cerca de 100 bibliotecas destruidas por los rusos en Ucrania]*. Україна Молода: Бойова газета героїчної нації [Ucrania joven: la gaceta de combate de la patria heroica]. <https://umoloda.kyiv.ua/number/0/164/168664/> (2022-18-11).
- Chytomo (03/10/2022). *Russian has damage or destroyed 358 Ukrainian libraries. Chytomo: the culture of reading and the art of book publishing*. <https://chytomo.com/en/russia-has-damaged-or-destroyed-358-ukrainian-libraries/> (2022-12-11).
- Dick, Archie L. (2012). *The hidden history of South Africa's a book and reading cultures*. Buffalo, N.Y.: University of Toronto Press.
- Eco, Umberto (2001). *Desear, poseer y enloquecer*. // *El Malpensante*. 31. <https://mrpocrafthyde.files.wordpress.com/2015/09/desear-poseer-enloquecer.pdf> (2022-06-12).
- Feierstein, Daniel (2016). *Introducción a los estudios sobre genocidio*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Fernández Aparicio, Javier (20/06/2022). *War and «bibliocide»: destruction and censorship of collections in Russia and Ukraine*. // *IEEE Analysis Paper 47/2022*. 1-16. https://www.ieee.es/en/Galerias/fichero/docs_analisis/2022/DIEEEA47_2022_JAVFER_Bibliocidio_ENG.pdf (2022-07-09)
- Fishburn, Matthew (2008). *Burning books*. New York: Palgrave Macmillan.
- Flores-Fernández, Cherie et al. (2021). *Biblioclastia en los siglos XX y XXI: revisión sistematizada*. // *Información, Cultura y Sociedad*, 44, 103-116.
- Foerstel, Herbert N. (2002). *Banned in the U.S.A.: a reference guide to book censorship in schools and public libraries*. Revised and expanded edition. Westport, CT Greenwood Press.
- Gil Sánchez, Luis A. (2007). *Censura en el mundo antiguo*. Madrid: Alianza.
- Gómez Álvarez, Cristina; Tovar de Teresa, Guillermo (2009). *Censura y revolución: libros prohibidos por la Inquisición de México (1790-1819)*. Madrid: Trama Editorial.
- Gupta, Sarthak (20/06/2022). *Ukraine parliament bans importation of Russian books and music*. // *Jurist: Legal News & Commentary*. Reporting the rule of law in crisis. <https://www.jurist.org/news/2022/06/ukraine-parliament-bans-importation-of-russian-books-and-music/> (2022-07-21).
- Herradón Ameal, Óscar (2011). *Los libros malditos: el conocimiento prohibido a través de los siglos*. Madrid: Editorial América Ibérica.
- Iguíniz, Juan Bautista (1959). *Léxico bibliográfico*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Biblioteca Nacional de México, Instituto Bibliográfico Mexicano.
- Infelise, Mario. (2004). *Libros prohibidos: una historia de la censura*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Knuth, Rebecca (2006). *Burning books and leveling libraries: extremist violence and cultural destruction*. Westport, Connecticut: Praeger.
- Knuth, Rebecca (2003). *Libricide: the regime-sponsored destruction of books and libraries during the twentieth century*. Westport, Connecticut: Praeger.
- Knuth, Rebecca (2002). *Libricide: the state-sponsored destruction of books and libraries*. // *Encyclopedia of library and information science*. 72: Supplement 35. New York: Marcel Dekker. 234-244.
- Kuhn, Rosemary (2021). *Apartheid censorship and the academic librarian: some personal reflections*. // *Innovation: Journal of Appropriate Librarianship and Information Work in Southern Africa*. 62, 60-72.
- Lewy, Guenter (2016). *Harmful and Undesirable: Book Censorship in Nazi Germany*. New York: Oxford University Press.
- Marche, Stephen (04/12/2022). *“Our misión is crucial”: meet the warrior librarians of Ukraine*. *The Guardian*. <https://www.theguardian.com/books/2022/dec/04/our-mission-is-crucial-meet-the-warrior-librarians-of-ukraine> (2022-10-12).
- Martínez Rus, Ana (2021). *Libros al fuego y lecturas prohibidas: el bibliocausto franquista (1936-1948)*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Meneses-Tello, Felipe (2023). *Análisis conceptual en torno a la destrucción de libros y bibliotecas*. // *Anuario Basta Biblioclastia*. 1:1, 124-143.
- Meneses Tello, Felipe (2013). *Bibliotecas, política y guerra: el paradigma bélico de la biblioteca pública*. // *Anuario de Bibliotecología*. Nueva Época, 2, 53-87.
- Meneses Tello, Felipe (2012). *El desastre de la documentación indígena durante la invasión-conquista española en Mesoamérica*. // *Anuario de Bibliotecología*. Nueva Época. 1: 1, 79-90.
- Meneses Tello, Felipe (2011). *Bibliotecas, información y golpe de Estado: teoría en el contexto relacionado con la crisis política en Honduras*. // *Revista General de Información y Documentación*. 21, 187-224.
- Meneses Tello, Felipe; Licea de Arenas, Judith (2005). *El problema ideológico de la selección-eliminación-destrucción de libros y bibliotecas*. // *Ciencias de la Información*. 36: 2, 65-71.
- Merklen, Denis (2016). *Bibliotecas en llamas: cuando las clases populares cuestionan la sociología y la política*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Merklen, Denis (2010). *¿Buenas razones para quemar libros? Un estudio exploratorio sobre la quema de bibliotecas barriales en Francia*. // *Apuntes de Investigación del CE-CYP*, 16/17, 57-76.

- Merklen, Denis; Murard, Numa (2008). Why are people setting fire to libraries? Social violence and written culture. // *La vie des idées*. https://laviedesidees.fr/IMG/pdf/20080807_bibliotheques.pdf (2023-20-01)
- Merrett, Christopher. (1992). The banning and unbanning of Africa. // *Today in South Africa*. *Africa Today*, 39(1/2), pp. 3-4.
- Moros, Luis (2010). El libro de artista y el libro intervenido. Un análisis semiótico. // *Fermetum: Revista Venezolana de Sociología y Antropología*. 20: 57, 151-170.
- Navarrete Caparrós, Adela (2018). Biblioclastia: la destrucción de biblioteca a lo largo de la historia. España: Publicación independiente.
- Poole, Nick (06/03/2022). Lost words: protecting libraries and archives in Ukraine. // *The Scotsman*. <https://www.scotsman.com/news/opinion/lost-for-words-protecting-libraries-and-archives-in-ukraine-nick-poole-3595915> (2022-28-08).
- O'Kuinghtons, John (2018). Biblioclastia. // *La Palabra y el Hombre: Revista de la Universidad Veracruzana*. 44, 10-13.
- Oporto Ordóñez, Luis; Santiesteban, Edgar Ramírez (eds.) (2011). *Destrucción de la riqueza documental y bibliográfica: y la necesidad de su rescate para el desarrollo nacional*. La Paz, Bolivia: Biblioteca y Archivo Histórico de la Asamblea Legislativa Plurinacional.
- Orlean, Susan (2019). *La biblioteca en Llamas: la historia de un millón de libros quemados y del hombre que encendió el cerillo*. México: Editorial Planeta Mexicana.
- Ovenden, Richard (2020). *Burning the books: a history of the deliberate destruction of knowledge*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Polastron, Lucien X. (2007) Los nuevos biblioclastas. // Polastron, Lucien X. *Libros en Llamas: historia de la interminable destrucción de bibliotecas*. México: Fondo de Cultura Económica. 157-218.
- Qureshi, Waseem Ahmad (2017). Can the burning of holy books ever be justified? // *Washington and Lee Journal of Civil Rights and Social Justice*. 24:1, 63-101.
- Ramos Soriano, José Rafael (2011). *Los delincuentes de papel: Inquisición y libros en la Nueva España (1571-1820)*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Raven, James (2004). Introduction: the resonances of loss. // J. Raven (ed.). *Lost libraries: the destruction of great book collections since antiquity*. Palgrave Macmillan, 1-40.
- Reimão, Sandra; Maués Flamarion; Nery, João Elias (2016). *Uma edição perigosa: a publicação de O Estado e a revolução, de Lenin, às Vésperas do AI-5*. // *Livros e subversão: seis estudos*. Cotia, São Paulo: Ateliê Editorial. 119-145.
- Reimão, Sandra (org.) (2011). *Repressão e resistência: censura a livros na ditadura militar*. São Paulo: Editora da Universidade e São Paulo, Fapesp.
- Reimão, Sandra (org.) (2016). *Livros e subversão: seis estudos*. Cotia, São Paulo: Ateliê Editorial.
- Reitz, Joan M. (2004). *Dictionary for library and information science*. Westport, Connecticut: Libraries Unlimited.
- Rincón, Francisco (2017). *Bibliotecas quemadas: doce sinrazones para quemar una biblioteca*. San Fernando: Editorial DALYA.
- Roitman Rosenmann, Marcos (2019). *Por la razón o por la fuerza: historia y memoria de los golpes de Estado, dictaduras y resistencias en América Latina*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- Rojas Lizama, María Angélica (2015). *El golpe al libro y a las bibliotecas de la Universidad de Chile: limpieza y censura en el corazón de la universidad*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Tecnológica Metropolitana.
- San Román, Sonsoles. (2015). *Una maestra republicana: el viejo futuro de Julia Vigre*, Madrid: Antonio Machado Libros.
- Solari, Tomás; Gómez, Jorge (coords.) (2008). *Biblioclastia: los robos, la represión y sus resistencias en bibliotecas, archivos y museos de Latinoamérica*. Buenos Aires: Eudeba.
- Stieg, Margaret F. (1992). *Public libraries in Nazi Germany*. Tuscaloosa: The University of Alabama Press.
- Shumikhin, Yehor. (23 de mayo, 2022) Директор УІК Коваль: Книжки – це зброя, або оборонна, або наступальна [Directora Koval del UIK: Los libros son armas, tanto defensivas como ofensivas]. // *Інтерфакс – Україна*. <https://bit.ly/3LEnx4r> (2022-28-10).
- Stubbings, Hilda Urén (1993) *Blitzkrieg and books: British and European libraries as casualties of World War II*. Bloomington, Indiana: Rubena Press.
- Vázquez Manassero, Margarita Ana (2015). *Representaciones de quemados de libros y destrucción de imágenes en el arte del siglo de Oro*. // *Studia Aurea*. 9, 295-338.
- Vega Cantor, Renán (09/06/2022). *Limpieza étnica en las bibliotecas de Ucrania. Rebelión*. <https://rebellion.org/limpieza-etnica-en-las-bibliotecas-de-ucrania/> (2022-23-11).
- Vella, Raphael (2006). *The unrepresentable: Artistic biblioclasm and the sublime*. London: University of the Arts. <<https://bit.ly/3nz1TDv>> PhD thesis (2022-30-10).
- Yaroshenko, Tetyana; Bankovska, Iryna (2014). *Libraries and catalogs in Ukraine: the way to understand the past and build the future*. // *Cataloging & Classification Quarterly*. 53:3-4, 430-452.

Enviado: 2023-01-28. Segunda versión: 2023-05-23.
Aceptado: 2023-06-02.
